OBRAS POETICAS

DE DON

MIGUEL ANTONIO CARO

SONETOS - CANTILENAS

EDICION OFICIAL

hecha bajo la dirección de Víctor E. Caro

BOGOTA
IMPRENTA NACIONAL
1929

OBRAS POETICAS

OBRAS POETICAS

DE

D. MIGUEL ANTONIO CARO

SONETOS — CANTILENAS



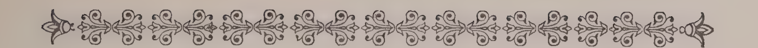
BOGOTA
IMPRENTA NACIONAL
1928

ADVERTENCIA

Princípiase con este tomo la publicación de las poesías completas—producciones originales y versiones castellanas y latinas—de don Miguel Antonio Caro.

Para la edición de esta parte de sus obras se ha elegido un formato más pequeño y menos denso que el de los tomos en prosa, por haber sido esta la voluntad expresa del autor, quien dejó a sus hijos, sobre este particular, instrucciones claras y precisas.

Los Editores cumplen con el deber de presentar el testimonio de su gratitud al actual activo y diligente Director de la Imprenta Nacional, por el interés con que ha atendido a esta publicación, accediendo siempre con la mejor voluntad a los deseos de los encargados de dirigirla.



MIGUEL ANTONIO CARO

El genio no se hereda; el talento raras veces se transmite de padres a hijos.

Es regla general, pero regla que, como todas, tiene excepciones que la confirman. El gaditano don Francisco Javier Caro, venido a estas Américas, fue poeta regocijado, cristiano a carta cabal, ingenio de primera nota y por añadidura calígrafo sin igual. Hijo suyo fue don Antonio José, muerto en la flor de la edad, poeta, y poeta eminente; y de esas dos generaciones, de donde habría podido nacer un idiota, provino José Eusebio, uno de los caracteres más grandes, uno de los pensadores más hondos que hayamos tenido, y a mi pobre juicio el poeta de Colombia.

Cada nación, en siglo determinado, posee un vate que sobrepuja a todos los demás, que sintetiza el genio poético de la nación. Homero es el poeta griego; Virgilio, el romano; Dante, el de Italia; Goethe, el de Alemania.

En la pasada centuria, Bello es la gloria poética de Venezuela; Olmedo, la del Ecuador; Pesado, la de Méjico; y, a mi insignificante parecer, José Eusebio Caro, la de esta patria colombiana. Porque Arbo-

leda es tan vehemente como Caro en los patrióticos afectos; Núñez, igualmente hondo en el pensamiento; Pombo, más pintoresco; Miguel Antonio, más correcto; Gutiérrez González, más espontáneo y popular; Ortiz, más grandílocuo y solemne. Pero José Eusebio Caro los aventaja a todos en el conjunto de tan excelsas cualidades.

Rafael Pombo, uno de los pocos que pudieran considerársele rivales, dijo de José Eusebio:

Poeta fue y altísimo poeta.
No por poeta empero, mas por grande;
Y él la poesía interpretó completa:
«Soplo creador que el universo expande.»
Todo en Caro era propio, todo suyo;
El, como el sol, se iluminaba él mismo.

De aquel genio nació Miguel Antonio. Pero quizá la herencia intelectual no le vino de su padre, sino de su abuelo materno, por el intermedio de aquella Delina, musa de José Eusebio, anciana hoy nonagenaria, postrada en un lecho de enfermedad y dolores del alma, pero dueña, por extraño suceso, del vigor extraordinario de las facultades mentales.

Don Miguel Tobar, prócer de la independencia, colegial y catedrático del Colegio del Rosario, jurisconsulto insigne, humanista y literato latino y español, sin más sucesor que su nieto, maestro de todos los maestros siguientes, fue uno de aquellos hombres en quienes la modestia se identifica con la persona. Destelló luz a torrentes sobre sus discípulos y contemporáneos, y cubrió su faz con el velo de la po-

quedad, según unos; de la humildad, según otros. Los planetas pasaron por soles, y los satélites por planetas. Al sol lo descubrirá algún Herschell en el siglo XXI.

Miguel Antonio había perdido a su padre, a quien apenas conoció, de quien no recibió influencia directa; y el ilustre abuelo lo adoptó por suyo, y encontrando aquel entendimiento y aquella voluntad excelsas en el alma del netezuelo, lo formó a su imagen y semejanza. A los doce años, el niño tenía ya las creencias católicas, firmes, incontrastables, que hicieron de él «adalid de Cristo y de su Iglesia» (1); ya poseía los fundamentos de sus opiniones políticas, tradicionistas, pero nunca paralizadas; ya el hablar genuino de Castilla; ya su iniciación en la lengua de Horacio y de Ovidio.

La madre de Miguel Antonio lo matriculó como externo en el Colegio de San Bartolomé, regentado por los jesuítas—admirables maestros de la juventud— recién traídos segunda vez a Nueva Granada por el ilustre don Mariano Ospina. En *El Catolicismo*, el inmortal periódico fundado por el arzobispo Mosquera, aparecen unos versos latinos, intachables, firmados por Miguel A. Caro, alumno del Colegio de San Bartolomé.

Los que somos maestros de latinidad sabemos que un niño no hace versos latinos en Colombia, a me-

---

(1) José Telésforo Paúl, Arzobispo de Bogotá. Carta en elogio a M. A. Caro.

nos que se haya criado a los pechos de don Miguel Tobar, que sea hijo del cantor del *Bautismo* y que se llame Miguel Antonio Caro.

Comenzó el señor Caro su carrera de poeta por varias composiciones que se resienten del clasicismo estrecho de la escuela francesa de Boileau, de la manera española de los Iriartes y Moratines. Era preciso. Para enderezar un árbol torcido a la izquierda, se requiere desviarlo de la vertical a la derecha. Por eso los que no podemos salirnos del justo medio, no seremos jamás reformadores.

Entretanto, Caro iba continuando una magna labor literaria: su traducción a verso castellano de todas las obras de Virgilio. La concluyó, la publicó. Sus exiguos haberes padecieron irreparable detrimento; en cambio, España y América y los sabios de Inglaterra, Francia, Alemania, Italia, la proclamaron maravilla de erudición y talento; la mejor versión al castellano del divino poeta de Mantua. Caro, que jamás pudo entender el valor ni la utilidad del dinero, no cayó en la cuenta de la pérdida pecuniaria; y, como poco se cuidaba de aplausos ni de censuras, no advirtió casi el entusiasmo producido por su labor inmortal.

Los trabajos, los estudios literarios eran para Caro ocupación secundaria, descanso apenas al fin primario de su vida: la defensa de la verdad católica, de los principios de libertad y orden, emblema del escudo de Colombia.

Los errores racionalistas, los principios del más exagerado liberalismo individualista habían adquirido boga considerable entre las clases ilustradas de la Nueva Granada. Las ideas pasaron a la constitución y a las leyes de la república, e informaron la educación pública oficial.

No sin protestas imponentes, no sin porfiada lucha, se implantó y sostuvo el nuevo régimen en los Estados Unidos de Colombia. Los obispos y sacerdotes defendieron los dogmas de la fe y las leyes santísimas de la Iglesia; y un gran número de católicos fieles pelearon en la prensa la buena batalla de la religión. Otro grupo de abnegados institutores cristianos se consagró a inculcar los sanos principios y prácticas en las mentes y corazones juveniles. En otro campo, los hombres políticos del partido vencido pugnaban acremente, en favor de la causa de sus simpatías y convicciones.

Faltaba hacer que tántos esfuerzos convergieran a un solo fin. Entonces se levantó Miguel Antonio Caro. Semejante a José de Maistre, alzó la bandera de la religión y del orden, sin respetos humanos, sin pensar en el qué dirán, sin contar ni medir el número y los bríos del adversario. Al principio lo siguieron pocos, muchos después, una legión en seguida. Venían sus discípulos de la falange conservadora y del antiguo ejército liberal. Parecía Caro el campeón de la intransigencia, y alistó medio ejército enemigo bajo su mando; semejaba un hombre de hierro, y fue de

los primeros en reconocer al grande estadista que se llamó Rafael Núñez, y brindarle apoyo y proclamarlo jefe.

El sentir de Núñez y Caro triunfó en 1886, con la expedición de la cristiana constitución, bendecida por León XIII, y que fue, en lo sustancial, obra de Caro. Esa carta tiene, de seguro, defectos, como toda obra humana; pero ciego ha de estar quien no reconozca que devolvió la unidad a la patria, la paz a las conciencias; y ¡cosa admirable! muchos de los puntos en que la nación reclama reformas, son precisamente aquellos en que los delegatarios de 1886 modificaron el proyecto primitivo que Caro les presentó.

——

Hay en América dos clases de hombres públicos imposibles: unos que mudan de creencias y opiniones a cada viento de doctrina que sopla; en quienes la cabeza gira al caprichoso voltear de la moda, el cerebro se gobierna por el interés, el corazón por los dineros. Otros se quedan inmóviles, como las momias egipcias, como los fósiles del período terciario.

No perteneció Caro a ninguno de los dos grupos; no hubo en él jamás cambio brusco, pero sí progreso incesante; fue idéntico en el fondo; mudó en los accidentes, pero siempre de bien en mejor. Empezó por el pseudo-clasicismo, que ata el pensamiento, y terminó con la amplia libertad de las escuelas clásicas genuinas, hasta escribir la oda *A la estatua del*

Libertador, la expresión acaso más alta de poesía lírica que haya brotado de pluma americana; una de las joyas más subidas de valor en la lengua de León y de Quintana.

En su horror a la demagogia revolucionaria, escribió de joven: «No hay libertad sin trono,» y murió defendiendo la república, la democracia cristiana en su más amplio, legítimo sentido. De mozo no aceptaba lo que no consagró la autoridad de la Academia, el ejemplo de los escritores peninsulares; años después defendió las voces americanas, el derecho de formar nuevos vocablos para expresar ideas recién creadas.

Nadie estaba como él al tanto del movimiento literario y científico del mundo. Quería uno a veces agradarlo o sorprenderlo con un dato suelto, leído por la mañana en el diario, en la revista, acabados de llegar por el correo de Europa. Y él completaba, rectificaba la noticia—política, filológica, bibliográfica, médica, biológica—y citaba diez fuentes auténticas de información, y quedaba el interlocutor fluctuando entre la humillación y el asombro.

De todo aquel acervo sacaba Caro, con su penetrante genio analítico, lo que había menester, arrojando con desprecio heces y escorias; con su genio sintético agregaba lo adquirido a la masa de su inmensa sabiduría. Como las abejas, extraía miel sana y sabrosa de las flores más dulces y de las más amargas, de las saludables y de las venenosas.

La labor literaria y científica del señor Caro ni cabe en mi pobre cabeza, ni en estas breves páginas.

Como traductor de poetas extraños, antiguos y modernos, apenas tiene rivales en lengua castellana.

Como vate correcto, intachable, sabedor de todos los secretos del idioma, de los primores más recónditos de la métrica, de las sensaciones más imperceptibles al oído del vulgo, sin perjuicio de la originalidad, del numen, sólo se asociarán a su nombre los de su padre, los de Rafael Pombo, Diego Fallon.... y quizá dos o tres más.

Caro se cita, en calidad de crítico, como autoridad casi inapelable por los escritores más eminentes de América y España, de Piñeyro y Menéndez Pelayo abajo.

Creo que entre los filósofos colombianos nadie le niegue el primer puesto, ni aun los que en muchos puntos secundarios no merecemos la honra de compartir sus ideas y su sistema.

La prosa de don Miguel Antonio a pocas no supera en mérito; con ninguna se confunde.

Polemista y dialéctico formidable, hiere, mata, desmenuza al adversario, con el silogismo irrefutable, con el dato histórico, con la apóstrofe que golpea como la masa de Hércules; con la ironía que penetra el corazón a modo de estilete toledano.

Fue siempre original, sin pretenderlo, sin saberlo acaso. Citaba, citaba mucho, pero no copió nunca; se aprovechaba de todo saber, pero no plagió jamás;

hasta los axiomas matemáticos parecían, al salir de su boca o de su pluma, cosa nueva, nunca oída.

Fue orador parlamentario *sui generis*, pero de talla superior, como superior fue en todo y por todo. Allí el período inmenso de Castelar, la invectiva de Ríos Rosas, la anécdota que hace pensar, el donaire que pone sonrisa en los labios y frío en el corazón del contrario.

Como gramático y filólogo, la ciencia debe al señor Caro muchas contribuciones originales; ella le calificará no de mero divulgador, sino de creador verdadero. La teoría del predicado latino, la del participio castellano que se le escapó a Bello, son descubrimientos dignos de Pott o de Dozy. Los estudios sobre el *Americanismo en el lenguaje;* sobre la *Aliteración* se firmarían con orgullo en España; los artículos sobre Castellanos, sobre Bello, sobre el *Quijote*, no serían desdeñados por Cueto, Cañete o Menéndez y Pelayo.

Sin haber cursado teología, publicó su estudio sobre San Cirilo Alejandrino. El señor Arzobispo Paúl me dijo al leerlo: «Los más eminentes teólogos jesuítas habrían firmado este escrito con orgullo.» No fue doctor en Derecho, y sus conceptos como consejero de estado son cánones de la legislación nacional.

Me falta hablar del poeta latino. Tres grandes volúmenes manuscritos de poesías en la lengua de Ovidio ha dejado inéditos el señor Caro. No soy latinista: sin falsa modestia lo digo. Nadie se hace dueño del idioma de Lacio sin empezar a estudiarlo junto

con la lengua materna; sin vivir en la sociedad de latinistas insignes, sin dedicarle la mitad de la vida. Pero, por lo poco que sé de lengua y literatura latinas, me atrevo a decir que el señor Caro escribía y versificaba mejor en el idioma de Horacio que en el de Fray Luis de León. En castellano, apelaba al hipérbaton; en latín corre la frase poética como el lenguaje conversado. ¡Si llegué yo a imaginar que don Miguel Antonio pensaba en latín, e iba traduciendo las ideas a idioma vulgar!

Si tuviera que explicarle a un extranjero sabio quién fue Miguel Antonio Caro, le diría: «Imagine usted un romano, patricio, de la época de Marco Aurelio, educado por maestros estoicos con el mayor esmero; supóngalo usted convertido al cristianismo por largas conferencias con un Padre de la Iglesia; hágalo usted resucitar hacia mediados del siglo XIX; infúndale el habla castellana y el acento de los bogotanos, y déjelo usted proceder. Y tendrá usted a Caro.»

Esta es la explicación de los tropiezos políticos del señor Caro. Un gobernante no puede ni debe ser tan.... ¿cómo decir sin ofensa? tan distinto de su raza, de su nación, de su tiempo.

——

Caro fue electo, por el voto popular, vicepresidente de Colombia, y, por ausencia primero y después por muerte del presidente titular, ejerció durante seis años la primera magistratura de la Nación, en medio

de muchas y variadas contradicciones y de agrias luchas en todos los campos.

Aunque no había simpatizado yo con su candidatura, creo que supe distinguir entre el candidato y el magistrado, y le tributé honor y respeto, y nunca dejé de ser humilde y agradecido amigo de su persona. Pero no lo adulé jamás. Ni él era hombre que se embriagara con el humo del incienso, que sólo se debe a Dios: *soli Deo honor et gloria.*

Paréceme que no ha llegado todavía la época de juzgar serena e imparcialmente la administración del señor Caro. Ni el que estas líneas escribe tendría, en ningún tiempo, autoridad en la materia.

He oído ya rectificar conceptos de otros días, he leído con satisfacción, a propósito de la muerte de Caro, muchas frases que corrigen graves inculpaciones de antaño.

Los contemporáneos se apasionan, la historia aclara y testifica los hechos. Dios es el Juez Supremo de los hombres.

El señor Caro fue apellidado por el doctor Núñez «la primera virtud de Colombia.» Núñez no era papa, ni se canoniza a los hombres en vida. Pero sin ser pontífice, todo el mundo sabe que el señor Caro fue hombre de virtudes excelsas. Su fe católica, sencilla como la del carbonero, ilustrada como la de un teólogo, le llevó a defender la Iglesia en los momentos en que ello no traía sino desprecios y dolores; de su

confianza en Dios, de su resignación en la voluntad divina, presencié pruebas heroicas en los momentos más amargos; soy testigo en él de actos admirables de caridad; le vi prudente en situaciones difíciles; siempre con hambre y sed de justicia, fuerte en la adversidad, moderado en las prosperidades. Manejó los millones del erario público, y salió de la presidencia a devorar las escaseces de los pobres. De todo, hasta de su fe, lo calumniaron; nadie osó sospechar siquiera de la pureza de su conducta.

Contrajo matrimonio con una mujer de esclarecida estirpe, hija de un hombre ilustre y sin tacha; inteligente sin bachillerías, piadosa sin alardes, firme sin violencias, mansa sin debilidades, culta sin saberlo, estimada ignorándolo por entero. Caro entendió, como lo entendía todo, el tesoro que Dios le había dado, y puso en aquel ángel toda la fuerza de su voluntad, todos los afectos de su grande alma.

Su esposa fue presa por largos años de traidora enfermedad. El señor Caro le sirvió de esposo, de madre, de enfermero. El día que la santa mujer entregó su alma a Dios, don Miguel Antonio no vertió una lágrima, no exhaló una queja, no produjo un suspiro. Ella murió a las nueve de la mañana: a las seis de la tarde empezó la enfermedad que condujo al señor Caro al sepulcro.

Con sus hijos no fue padre, sino madre. Con sus amigos....¿tuvo amigos el señor Caro? No sé si tuvo muchos, aunque sí miles de miles de admiradores.

A mí me trató como íntimo de su alma, hasta el postrer suspiro. ¡Dios se lo haya pagado! ¡Dios lo bendiga!

——

Tuve, conformándome con sus deseos, la dolorosa satisfacción de acompañarlo en su última hora, de «ayudarlo a bien morir,» según la profunda frase cristiana y española.

Iba yo viendo, con íntimo pesar, cómo se apagaba aquella soberana inteligencia, cómo la regia voluntad ya no imperaba. Siempre, como cristiano, creí y creo en el alma inmortal; estuve y estoy persuadido, como discípulo de la filosofía, de verdad tan clara y evidente; pero en aquellos momentos, vi con mis ojos, palpé la inmortalidad del espíritu, soplo de Dios, imagen del Hacedor infinito. ¡Nó! este entendimiento no se extingue; no perece tánta ciencia, caridad tan encendida no se apaga, carácter tan entero no se troncha por la enfermedad y por la muerte!

Cesó la agonía; los ojos brillantes y fijos en la luz de la eternidad abierta ante ellos, se cerraron sin esfuerzo. Reinó hondo silencio, en medio del cual murmuraba yo sollozando las últimas plegarias. El alma rompió las ataduras, dejando el cuerpo inerte,

> Como el jilguero, cuando oyó el reclamo
> Quiebra al alzar el vuelo, un débil ramo.

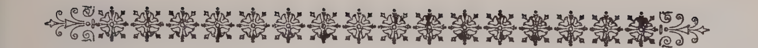
Y Cristo, cuya palabra no pasa, confesó —así lo espero— delante del Padre Celestial, al que delante de los hombres con tánto valor había sabido confesarlo.

Cuando yo escribía algún artículo literario, mi principal preocupación era ésta: ¿qué dirá el señor Caro? Ahora me pregunto: Si desde la eternidad se conocen las miserias del tiempo, ¿qué dirá de este escrito el señor Caro? Dirá que los dones egregios que tuvo no fueron suyos, sino dádiva de Dios; dirá que se regocija del bien que hizo a la Patria y a la Iglesia; que era verdad cuanto él, dirigido por la fe, creyó y supo enseñar; dirá que «todo hombre perece»; dirá que «la gloria del Señor permanece eternamente.»

R. M. CARRASQUILLA

Agosto de 1909.

SONETOS



PRELUDIO

I

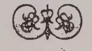
AL SONETO

¡Honor de los alados instrumentos!
¡Tú, lo más bello que de oriente a ocaso
Vio el peregrino, suspendiendo el paso,
Nadar süave en los delgados vientos!

¡Flor y luz de gallardos pensamientos!
¡Cifra de la esbeltez! ¡Mágico vaso
Labrado por las diosas del Parnaso,
Y el más breve y feliz de sus portentos!

¡Tú, en edad de heroísmo y bizarría,
Gloria de los errantes trovadores,
Delicia a la beldad que te acogía!

¡Copa gentil, permite que de flores
Te corone también la diestra mía,
Y en ti el labio encendido libe amores!



NATURALEZA

II

A LA NATURALEZA

¡Madre común, que las mortales penas
Disipas! Ya el dolor que me atribula
Cede al soplo vital que en torno adula
Mi mente con imágenes serenas.

Benéfica me envuelves: por mis venas
Transfundida tu sangre ya circula;
Restauras de mis huesos la medula;
De ti todo mi sér, plácida, llenas.

Mundo eres tú, Naturaleza, y mundo
Yo, que despierto al recibir los dones
Que en perenne raudal pródiga envías;

Y con eco simpático y profundo,
Rindiéndote en mis cantos bendiciones,
Respondo a tus eternas armonías.



III

A SI MISMO

Atrevido y soberbio pensamiento,
Que, en las alas que Dédalo te viste
El vuelo remontando, pretendiste
Los senos penetrar del firmamento,

Déja la gran labor, el gran tormento,
Explorador de cuanto ignoto existe;
Del empeño sacrílego desíste,
Y búsca ocio feliz, plácido asiento.

Míra el rústico techo, el bosque umbrío,
Contémpla las pintadas mariposas
Que vuelan dulcemente a par del río.

Por campos y riberas deleitosas
Descánsa un poco, pensamiento mío;
Vuélve al amor de las pequeñas cosas.



IV

FLOS

Guarnecida de hojas, no de espinas,
Teñida de pudor, agreste y pura,
¿Tiemblas, o sueñas de inquietud segura?
¿Tu aroma a quién, lánguida flor, destinas?

¿Halágante las auras peregrinas?
¿Miras la errante nube allá en la altura?
¿O al arroyuelo que a tu pie murmura,
Por ver tu imagen, la corola inclinas?

¿Conoces tú la reina de las flores,
Emula de la llama, altiva rosa?
¿Las canciones meditas de las aves?

Díme tu historia, cuénta tus amores....
¿Mas qué pretendo yo, si vergonzosa
Bajas la frente y responder no sabes?

1868.



V

FONS

Oculto naces en ignota altura,
Y ruedas, arroyuelo, desasido,
Entre peñas saltando con rüído,
Quebrando en copos tu corriente pura.

Mas luégo tu inocencia y tu hermosura
En la selva recatas advertido;
Ni alterado discurres ni engreído,
Suenas humilde entre la sombra oscura.

Mirando el cielo que veloz huías
Te dio, para que el paso entretuvieras,
Lecho de musgo y márgenes umbrías.

Salúdante las aves forasteras,
Que vienen a beber tus aguas frías
Y a gozar floridísimas riberas.

1868.



VI

AL VIENTO

¿Qué fuerzas nuevas, qué inmortales bienes
Contigo brindas, invisible mago,
Mientras con dulce, cariñoso halago
Acaricias pacífico mis sienes?

¿A dó te inclinas, dí, de dónde vienes?
¿Por qué jamás, aunque sonante y vago
Muevas la flor, los árboles, el lago,
El vuelo rapidísimo detienes?

Y sigues, y a los yermos vas remotos;
Alado sembrador, esparces vida;
Fecundado el erial por ti florece.

Llegan doquier tus gérmenes ignotos;
Por ti también el alma aridecida
Con el divino polen se enriquece.



EL MISMO EN VERSOS CORTOS

¿Qué celestiales bienes
Brindas, etéreo mago,
Mientras con dulce halago
Acaricias mis sienes?

¿Dó vas? ¿de dónde vienes?
¿Por qué, aunque en giro vago
Muevas la selva y lago,
Nunca el volar detienes?

Tú esparces de la vida
Los gérmenes fecundos;
Por ti el erial florece.

Por ti, si aridecida,
Con polen de otros mundos
El alma se enriquece.



VII

EL VALLE DE LA INFANCIA

¡Oh senda! ¡Oh monte abrupto! ¡Oh gruta umbría!
¡Musgoso manantial! ¡Valle sereno,
De frescas sombras y memorias lleno!
¡Plácido albergue de la infancia mía!

Estas las flores son que yo cogía
Cuando niño vagaba en vuestro seno;
Conozco bien de la cascada el trueno;
Así el viento los árboles movía!

Cargado ya del peso de los años,
A ti vuelvo, selvático retiro,
Que no padeces de la edad los daños.

Suspendo el paso, o por tus vueltas giro,
Y gozo aquí de libertad engaños,
Y ambiente de inocencia aquí respiro.



VIII

LOS ARBOLES

Corrientes aguas, puras, cristalinas,
Arboles, que os estáis mirando en ellas!

Garcilaso

¡Fábrica opaca, hojosa, que levantas
Sobre rudas columnas móvil techo!
¡Arboles que ceñís el hondo lecho
Del agua que humedece vuestras plantas!

Tal consuelo ofrecéis, dulzuras tántas,
Troncos augustos, al doliente pecho,
Que mi vivir por parentesco estrecho
Ligado siento a vuestras ramas santas.

Aquí de rayos se desarma Febo;
Y al aire dais, que vuestras frondas mece,
Los efluvios balsámicos que bebo.

También el pensamiento aquí se abriga,
Y estando a vuestra sombra, me parece
Dulce la soledad, la muerte amiga.



IX

TARDE DE VERANO

Declina el sol: tras apacible velo
Ilumina su rayo y no fulgura:
Regocíjase toda la Natura;
Abrese encima ilimitado el cielo.

Dulcísimo retumba el arroyuelo;
Vierte olor resinoso la espesura;
Fresca halaga mis sienes aura pura
Y el alma baña en bienhechor consuelo.

El remoto perfil semeja orilla,
Donde árboles parecen destacados
Hacia un etéreo mar volver la frente.

Tímido en el espacio Héspero brilla;
Y envuelto en resplandores desmayados
Es aurora divina el occidente!



X

LOS DOS HUESPEDES

¡Tú, cuya copa abierta se levanta
Con sombra amiga protegiendo el suelo;
Tú, do el alado morador del cielo
Oculto anida y amoroso canta!

Yo mido el campo con humilde planta,
El cruza el aire con gallardo vuelo:
Codicioso de amor, yo de consuelo,
Juntos llegamos a tu sombra santa.

Inquieto, enamorado y engreído,
El en tu verde copa floreciente
Viene a trinar cabe el sabroso nido;

Pensativo, callado, falleciente,
En tu nudoso tronco envejecido
Yo busco arrimo, de mi bien ausente.



XI

ESPERANZA

¡Ay desmedrado sauce, a quien movía
Céfiro bullidor la rama incierta!
Morada a tiernas aves encubierta,
Reparo a caminantes fuiste un día.

Hoy pájaros no te hacen compañía,
Fuente que te halagó calla desierta.
¿Quién, tu cima dejando mustia y yerta,
Por tierra derribó tu lozanía?

Si esta que arrebatada te despoja
De tu vistoso honor, fue aquella mano
Que maltrató de mi ventura el nido,

¡Triste sauce, es razón que cuando de hoja
Torne a vestirte y de verdor lozano,
Vuelva a mi pecho el dulce bien perdido!

1868.



XII

PREDESTINACION

¿Cantas o lloras, mísera cautiva?
¿En qué infausto momento, qué impía mano
Te robó al fresco bosque, al verde llano,
Al cielo, abierto a tu ala fugitiva?

Quizás pensando en tu frondosa riba,
Decir querrás en tu lenguaje arcano:
«¡A rejas de oro y escogido grano
Prefiero yo mi libertad nativa!»

¡Misteriosos caprichos de la suerte
Que a ninguno, al nacer, sin marca deja,
Y aun en las aves víctimas reclama!

Ella entre tus hermanas fue a escogerte,
Para que gimas en la dura reja
Y canten ellas en la verde rama.

1868.



XIII

EL COCUY

Ocultos vagan en la noche oscura
Insectos mil, como en la mar los peces;
Mas tú brillas a trechos, como a veces
Descubre húmida ninfa su hermosura.

Goza el ojo en seguir tu lumbre pura,
Mira a dónde saldrás, si te oscureces;
Tú su cálculo burlas, y apareces,
Tras caprichoso giro, a grande altura.

¿Qué auguras, insectillo misterioso?
¿Con qué feliz recordación u anhelo,
Más que el sentido el ánimo fascinas?

Leve cruzando el aire tenebroso,
Con tu luz, como el alma, hija del cielo,
Tus solitarias sendas iluminas.



XIV

A VENUS

¿Quién eres tú, que entre el luciente coro
Señoreas el alto firmamento?
¿Eres, astro de amor, aquel portento
Que la espuma brotó del mar sonoro?

Yo tu esencia no sé, tu nombre ignoro;
Mas de inmortalidad un soplo siento
Mirándote, y en dulce arrobamiento,
¡Fascinadora luz, te amo y te adoro!

¡Oh! pues no te merece aqueste suelo,
Tú reinando estarás sobre divinas
Regiones que a mi vista encubre un velo.

Eres sol que otros campos iluminas,
Y un rayo de esperanza y de consuelo
A este valle de lágrimas destinas.



XV

EL MISMO ASUNTO

¡Estrella del amor, tu lumbre pura
Cuánto es dulce al doliente peregrino
A quien revelas inmortal destino
Muda brillando en la celeste altura!

Enamorado voy de tu hermosura,
Ya viertas desde el fondo cristalino
Del firmamento azul fulgor divino,
Ya el borde esmaltes de la nube oscura.

Tú de mi patria a término distante
Me sigues, sola tú, piadosa estrella,
Al desterrado fiel y al navegante.

Emula de tu faz radiosa y bella
Ninguna hallé, y a tu mirada amante
Nunca igualó la de mortal doncella.



XVI

EL MAR

¡Ornamento del mar, bella sirena!
¡Gentilísima y blanda nadadora,
Tú, cuyo canto mágico a deshora
En la nocturna soledad resuena!

A otros agrade la región terrena
Que, como el ponto a ti, por reina adora
A la mujer, en cuyo obsequio Flora
Viste de rosas la campiña amena.

Prefiero tus misterios y tus brumas,
Y el escollo en que aérea te levantas,
Y amo el golfo, ora crespo, ora sereno,

Ya te arropen, rugiendo, sus espumas,
O ya rutilen, mientras dulce cantas,
Flores de luz en su marmóreo seno.



XVII

LAS VERTIENTES DEL META

Fallor, an hi fient ingentia mænia colles,
Juraque ab hac terra cetera terra petet?

Ovid. *Fast.* 1.515.

¡Tú que bañando con fugaz corriente
Musgosas rocas y boscaje umbrío,
Ofreces refrigerio, oh blando río,
Al cuerpo laso, al ánimo doliente!

Sígue, sígue a los términos de Oriente,
A los desiertos de nativo brío,
Donde emporios de inmenso poderío
Surgir verá la venidera gente.

Ni te avergüences del tributo escaso
Que llevas, diligente peregrino,
Al hondo seno del potente Meta.

Tuyo, a incógnito mundo abrirte paso;
Tuyo mostrarnos nuestro gran destino
Como segura líquida saeta.

XVIII

AMBICION

¡Partamos! El espíritu impaciente
Anhela por volar a su albedrío:
Ni llanto, ni piedad: el pecho mío
Sólo, inmensa ambición, tu imperio siente.

¡Revueltas ondas de la mar rugiente,
Rayos que el cielo enrojecéis sombrío,
Vuestra furia y tumulto desafío
Con labio mudo y con serena frente!

Ya, suelta el ala del bajel, me siento
Cruzando ¡oh gloria! el piélago profundo;
¡Quién pudiera también el firmamento!

¡Oíd! nos llama el soplo gemebundo.
Del águila la herencia es todo el viento,
Y la herencia del hombre es todo el mundo.

1868.



XIX

DOS SOLEDADES

¡Océano que creces y decreces
Siempre lleno, ora manso, ora iracundo,
En cuyo seno líquido y profundo
Mudos resbalan prodigiosos peces!

¡Noche, que los contornos ennegreces,
Y acoges, en tu manto envuelto el mundo,
Dulces misterios del amor fecundo,
Tristezas hondas, solitarias preces!

Sí, yo os tengo en mi espíritu. Yo propio
Soy mi noche fantástica y mi abismo,
Dos soledades que en silencio cruzo.

Esparzo estrellas yo, perlas acopio;
Ya cual silfo revuelo entre mí mismo;
Ya en mí mismo sumérjome cual buzo.



XX

CONTEMPLACION

¡Ruéda tus ondas, abundoso río!
¡Córre, córre a lo largo, manso viento,
Halága en tu tranquilo movimiento
Las hojas mil y mil del bosque umbrío!

Huésped de fresca gruta, no desvío
Del raudal argentado el ojo atento;
Bebe el oído el regalado acento,
Y en dulce paz se aduerme el dolor mío.

¡Oh pausa deleitosa de la vida!
¡Oh concierto beatífico y sereno
De cielo y aguas, céfiros y espumas!

¡Recibid aquesta alma dolorida!
¡Ondas, bañadla en vuestro blando seno!
¡Aires, mecedla en vuestras leves plumas!



XXI

PAISAJE

Copiosas aguas, puras, cristalinas,
Arboles que se miran en su seno (1);
Lontananza apacible, aire sereno
Que hender parecen aves peregrinas;

Velado el sol poniente entre cortinas
De arreboladas nubes; prado ameno,
Y allá un cervato que de susto ajeno
Reposa al pie de plácidas colinas....

Mas no calienta el sol, no dan las flores
Su aroma, ni mezclando sus rumores
El viento silba ni el arroyo salta.

Ni trina el ave ni prosigue el vuelo.
En prados, fuentes, árboles y cielo
La voz, el movimiento, el alma falta.

---

(1) Variante de Garcilaso.

XXII

PROGNE Y FILOMELA

Corta la lengua a Filomela, y, muda,
El forzador injusto la encarcela;
Pinta ella el caso, a Progne lo revela
Porque a vengarla y a vengarse acuda.

¡Oh nefando festín! Ya el rey desnuda
La espada, al descubrir la atroz cautela:
Múdase Progne en golondrina, y vuela,
Y Filomela en ruiseñor se muda.

Emprende la demente infanticida
Por el espacio interminable viaje,
Negra avecilla, eterna migradora;

Mientras la antigua prisionera anida
En el centro de rústico boscaje,
Y en dulce canto sus recuerdos llora.



AMOR Y FANTASIA

XXIII

TU Y YO

Quem quaeritis adsum.

¿Qué inquietud hacia ti, qué simpatía,
Como a centro de gozo y de sosiego,
Me arrastra, y finge, si a tus plantas llego,
Que arenas beso de la patria mía?

Otro me precedió, y en su falsía
Del soñado amador miraste el fuego
Ilusa tú, como el patriarca ciego
Que al mismo que excluyó bendijo un día.

Huye el pérfido amante, y su desvío,
No de quien es creyéndolo mudanza
Lloras, y tu apariencia de abandono.

Acépta la verdad del amor mío;
¡Olvidemos y amemos! Mi tardanza
Perdóna ya, como tu error perdono.

XXIV

CONJURO

¿Y osarás marchitar, dolencia impía,
La fresca tez de la beldad lozana?
¿Cuándo ofendió al albor de la mañana
Torpe vestiglo de la noche fría?

¿Qué espíritu maléfico te envía?
¿Cómo tolera Dios tu furia insana,
Que, de inocencia y juventud, profana
Templos, do inmune amor reinar debía?

Yo quiero provocarte, y como escudo
Que a la inocente víctima resguarde,
Poner mi fuerte corazón desnudo.

Vén a hacer de tus odios digno alarde;
¡Muéstra, muéstrate en mí monstruo sañudo,
Y no en tímida flor reptil cobarde!

1870.



XXV

LA DESPEDIDA

(Alejandrinos).

Mi estrella a otros países a merecer me guía;
Sin saber qué decirte a despedirme llego:
Mi corazón, mi vida, mi libertad te entrego,
Diosa de mis amores, mitad del alma mía.

No ingrato olvido temas, más bien fortuna impía,
Eléva a tus hermanos, los ángeles, tu ruego;
Alivio den tus letras a mi amoroso fuego;
Siempre, cual yo en la tuya, tú en mi constancia fía.

Míra: a darte este mustio, este adiós vacilante,
Acercándose al tuyo mi labio no lo sella;
Casto recuerdo sea este supremo instante.

Oyeme: cuando torne (¡hora bendita aquella!),
Cansado de la ausencia volveré más amante,
Resignada en tu llanto te encontraré más bella.

XXVI

RECUERDO

Cuando al mundo su luz el sol retira,
Cuando abrigando al corazón que pena
Bajan las sombras de la noche, y suena
Mansa la fuente y blanda el aura espira,

Mi pensamiento que abatido aspira
No a real mansión, sino a tranquila escena,
Del cerco que le oprime se enajena,
Oye otras voces, otras frentes mira.

Y en su dulce tristeza, sin rüido,
Vuelve hacia atrás en alas del recuerdo,
Errante, solitario, inadvertido;

Y en la región de lo que fue me pierdo,
Y lo presente y lo futuro olvido;
¡De ti entonces, mujer, de ti me acuerdo!



XXVII

¡MARMOL!

Naturaleza, aun antes que a la aurora
Mis párpados se abriesen de lo Bello,
En lo hondo de mi sér con vivo sello
Grabó la imagen que mi mente adora.

Vi; corrí tras lo hermoso; en cuanto dora
El sol, viciada copia, infiel destello
Sólo encontré, profanación de aquello
Que el alma finge y la ilusión colora.

La esperanza perdí; me hirió la espada
Del desengaño; recaté la herida,
Y seguí cabizbajo mi jornada.

Hoy, de pronto, en la senda de la vida
Los ojos alzo, y la beldad soñada
Hallo.... ¡ay dolor! en mármol convertida.



XXVIII

¡SILENCIO!

¿Hablaré a la deidad que me avasalla?
¿Mi alma a sus plantas gemirá cautiva?
¿Afuera sacaré la llama viva
Del grande incendio que en mi pecho estalla?

¿No hablan por mí, mientras mi labio calla,
Turbado el ceño y la mirada esquiva?
¿Y tornó alguna vez la hermosa altiva
Piadoso rostro a esta interior batalla?

¿La diré con palabras mi tormento
Para que muestre en sus divinos ojos
Vago terror o indiferencia suma?....

¡Silencio, corazón! Sin un lamento
Déja arder en la hoguera tus despojos;
¡Y con la vida, el fuego se consuma!



XXIX

PRIMAVERA

Todo convida a amar: fragantes flores,
Volubles alas y fecundos nidos:
Todo es música blanda a los oídos,
Todo a la vista vívidos colores.

Recomienza la vida sin dolores,
Y acelera del pecho los latidos
Ver mil mundos brotar desconocidos,
Poblados de deleites tentadores.

¡Cómo encienden los astros sus destellos
¡Cuánto avivan los campos sus matices!
¡Ahora los amores son qué bellos,

Y las almas amantes cuán felices!
Mas ¡ay! también de esclavizados cuellos
Tornan sangre a manar las cicatrices.



XXX

RENDIMIENTO

Neque servitio me exire licebat.

Virg.

Otra vez de los hombres te desvías,
Otra vez en esquivo alejamiento
Implacable te roba Amor sediento
La libertad que recobrado habías.

Un tiempo en deliciosas melodías
Exhalabas profundo sentimiento,
Y cantando tu bárbaro tormento
En plácido letargo adormecías.

¡Ay! el insomne corazón opreso
Vanamente a la Musa invoca ahora
Que de ardiente pasión alivia el peso,

La tentación te envuelve triunfadora,
Y el hondo afán del anhelado beso
Como callado incendio te devora.



XXXI

SUAVIDAD

Suave es el aura que tu labio espira;
Suave tu sonreír, suave tu acento;
Suave tu seno alzado; al manso viento
Tu süave cabello en ondas gira.

Todo es süave en ti. ¿Quién no te admira,
Astro de paz, en dulce arrobamiento?
¿Cuál corazón no siente, cual yo siento,
La suavidad que tu presencia inspira?

Tú, violencia süave; yo, instrumento
Dócil; todo mi sér, como una lira,
Móvil responde a tu süave aliento.

Ni en sombras, ni entre sueños, se retira
De mí tu suave luz, y el pensamiento
Con ficciones suavísimas delira.



XXXII

MODESTA AMBICION

Grande es mi amor, modesta su esperanza,
Pues sólo aquello pide, aquello espera
Que a nadie mi deidad negar pudiera
¡Lo que el humilde peregrino alcanza!

La adoro como a estrella en lontananza,
Y aspiro a que descienda de su esfera
Su mirada, piadosa mensajera,
A iluminar mi solitaria estanza.

Y aspiro a que del eco de su acento,
Que oye y no entiende la torpeza humana,
Vibre en mi sér la etérea melodía.

¡Esa luz, de mi espíritu alimento;
Aquella voz, delicia soberana!....
¿Qué más glorias anhelas, alma mía?



XXXIII

SUEÑO CONSTANTE

Ora destino próspero a la cumbre
Me eleve, a do llegar el hombre ansía,
O a descender me obligue suerte impía
Arrastrando miseria y pesadumbre;

Dichosa o nó, mientras mi senda alumbre
Con un rayo de luz la poesía,
De adorarte y cantarte, reina mía,
Guardaré la dulcísima costumbre.

Eres de mi existencia único dueño,
Y en imagen te llevo hasta la muerte
Como porción de mí cándida y pura.

Pues vivir es soñar, contigo sueño:
Morir es despertar; cuando despierte
Gozaré la verdad de tu hermosura.



XXXIV

DISTANCIA

Llegar debimos juntos, como crecen
Juntas dos olas que en el ponto nacen,
Como a un tiempo dos nubes resplandecen
Y en el éter a un tiempo se deshacen;

Cual dos aves unidas se guarecen
Y en concertar sus cantos se complacen,
Como dos ramos a la par florecen
Porque sus flores a la par se enlacen.

¡Y cuán lejos de mí viniste al mundo!
Huyes, viviendo, y yo tu huella adoro
Sin que logre anudar amantes lazos,

Como el Sol por el ámbito profundo
Lanza en pos de la Luna el carro de oro,
Y nunca habrá de asirla entre sus brazos.



XXXV

MUY ALTO

Mis amores son reales.

Conde de Villamediana.

Solo una vez, de pronto, mientras iba
Frescor buscando en calurosa siesta,
Pastor errante que a zagala honesta
Nunca adoré, ni a náyade lasciva,

De tu celeste alcázar fugitiva
Te vi, hermosa deidad, y ardí en funesta,
Loca pasión; pero pasión es ésta
Que invencibles obstáculos derriba.

Si ya una vez de las etéreas salas
Viendo la Luna que Endimión reposa,
Descendió enamorada al hondo suelo,

Yo en noche muda, del amor en alas,
A la olímpica estancia de mi diosa,
Transfigurado entre esplendores vuelo.



XXXVI

LUZ

El sol me hace cantar.

Radiante el sol desde suprema altura
El hondo abismo de esplendores llena,
Y aun la hoja débil, la menuda arena,
El dón reciben de su lumbre pura.

Mayor foco de gloria en ti fulgura:
Brillan tus ojos; de tu luz serena
La circundante atmósfera está llena,
Y yo gozo también de tu hermosura.

Mi alma es ave ignorada de tu cielo,
Que se lanza en el ámbito profundo
Cual otras mil y mil, trémula, errante.

Permíte tú que el caprichoso vuelo
Mueva en onda de luz que alegra el mundo,
Y embriagada de amor, suspire o cante.



XXXVII

A ANFION

Perdóna, ilustre fundador de Tebas,
Si cual sueño, no más, o fantasía,
Yo en mudo cuadro contemplar solía
El fuerte muro que cantando elevas.

Mas hoy, ¿qué mucho que las moles muevas
Y alegres vayan a do el són las guía,
Si de la alta virtud de la armonía
Tengo en mi corazón mayores pruebas?

De una lira también mi Ninfa bella
Hace brotar maravillosos sones;
También puebla el desierto cuando canta.

Pasó mi hermosa juventud. Mas ella
El polvo de mis yertas ilusiones
Mueve, y castillos con su voz levanta.



XXXVIII

ELLA

La expresión dulce que su rostro baña,
De sus ojos la plácida centella,
Revelan el amor de un alma bella
Que el corazón subyuga y no le engaña.

Del cielo descendiendo a mi cabaña
Con vaguedad de nube y luz de estrella,
Ella mis hondas soledades, ella
Mis mudos pensamientos acompaña.

Como extendiendo el ala voladora
La esperanza, en el ánimo cautiva,
Huír parece, aunque el huír demora,

Amante cual mujer, cual diosa esquiva,
Así diviso a la que el pecho adora;
¡Así! inmóvil a un tiempo y fugitiva.



XXXIX

AUGURIO

Puro, adormido, ilimitado el cielo
Circúndame en redor, se pierde arriba;
Ni una nube siquiera fugitiva
Altera el limpio azul del amplio velo.

Y allá en el éter mi vagante anhelo
Blanquísima descubre garza altiva
Que cual ánima libre, antes cautiva,
Tiende las alas en sereno vuelo.

Oh símbolo fugaz de gloria pura!
Oh fausto augurio, que mis mustios ojos
Y al par, tras largo luto, el alma alegras!

Hondamente grabado en mí perdura,
Y disipa en mi senda los enojos
Que infunden noche triste y aves negras!



XL

STELLA

¿Qué alma piadosa volverá al camino
Al que en hórrida noche, en selva oscura,
Oye al viento zumbar en la espesura,
Perdido el rumbo y de buscarle el tino?

Asoma apenas su fulgor divino
Lámpara solitaria allá en la altura;
El levanta los ojos, y murmura:
«¡Tened, cielos, piedad del peregrino!»

Oyó su voz la compasiva estrella,
Acude, y de los árboles mayores
Hiende y destraba las cerradas filas.

¡Cuán otra, aproximándose, y cuán bella!
Eran velo difuso los fulgores
Que, a sus focos tornando, son pupilas.



XLI

EL RETRATO

Vén, insigne pintor, y apúra el arte:
Retráta, si hay pincel que allá se encumbre,
La limpia, pura, animadora lumbre
Que en dulces rayos de sus ojos párte.

Cópia, si la has de ver sin arrobarte,
La angélica, inefable mansedumbre,
A cuya vista su sensual costumbre
Amor depone y su fiereza Marte.

Si eso logras, artífice, si aquella
Hermosura en tu lienzo se repite,
No será triunfo tal tu gloria sola,

Que, anticipada así, de virgen bella,
Cuando a nueva existencia resucite,
Fijado habrás la mística aureola.



XLII

AL AMOR

Amor que en perennal desasosiego
Mis potencias tirano martirizas,
¿Esperas esquivar ardientes lizas
Con faz de niño en inocente juego?

¿Piensas que en cantos exhalando el fuego
Has de apagarle? ¡Nó; que más le atizas!
Llama eres, y a las llamas te deslizas
Cual loca mariposa, alado y ciego.

Cien veces me llevaste y otras ciento
Al florido Parnaso, y nunca tuve
Allí la dulce paz que el alma anhela.

Si quieres descansar en tu elemento,
El monte déja atrás, sálva la nube,
Y al Soberano Bien osado vuéla.



HOGAR Y AMISTAD

XLIII

LA VOZ MATERNAL

Esta celeste voz, de estro sagrado
Manantial fue a mi padre, y de alegría;
Dulcemente esta voz adormecía
Mi tierna infancia con su arrullo amado.

¡Cuántos años corrieron! Y hoy postrado
En lecho de dolor, aún me extasía
Como amiga süave melodía,
Y el mal presente olvido y el pasado.

Ella no cesa de aliviar la pena
Que tenaz en el ánimo renace,
Voz de dulzuras y prestigios llena.

Cuando al doliente espíritu desplace
Todo rüido y toda voz terrena,
Sola esa voz le halaga y satisface.

1879.



XLIV

A MI HIJA

Cuando reclinas, hija, en la almohada
Que te mulló solicitud materna,
Cándida imagen de quietud eterna,
La soñolienta frente inmaculada,

En tu inmóvil y plácida mirada
Veo, antes de encubrirse, el alma tierna
Que en regiones incógnitas se interna
Ajena de temor y confïada.

Escrito está que si al amante abrazo
Del divino Jesús aspira el hombre,
Niño se ha de tornar, sencillo, inerme.

¡Logre yo de la muerte en el regazo,
Sin que la oscura eternidad me asombre,
Dormir en paz cual la inocencia duerme!



XLV

LA HUERFANA

Si queréis tributar, amigos fieles,
Honores que agradezca el sacro vate
A quien del mundo la injusticia abate
O que entró del Elíseo en los vergeles.

Antes que el más feliz de los pinceles
Abrazado a su lira le retrate,
Y su marmórea efigie el pueblo acate
Coronada de délficos laureles;

Antes que a sus ficciones los buriles
Contornos den, y por el orbe a miles
La prensa esparza sus alados cantos,

A su hija hermosa, su creación querida,
Honrad, y en el camino de la vida
Con respeto a sus pies tended los mantos.



XLVI

CASI CIEGO

¡Vén, prenda de mi amor, que aún quiero verte!
Los cielos y la tierra, astros y flores,
Perdiendo van sus lumbres y colores
Ante mi vista que desmaya inerte.

Pronto se extinguirá. No de otra suerte,
Ya próximo a la tumba y sus horrores,
Como sombra fugaz, dichas y amores
Pasar contempla el condenado a muerte.

¡Vén a mis brazos, hijo de mi vida!
¡Grábense en mí tus ojos y tu frente,
Y el fresco labio que a besar convida;

Y entre espantoso horror, cuando mi mente
En larga oscuridad vague perdida,
Me acompañe tu imagen sonrïente!



XLVII

A VICTOR

En época de lágrimas naciste
Cuando fiero opresor forjó cadenas,
Y sobre ti cerniéndose las penas
Tu inocente niñez hicieron triste.

Esquivez melancólica adquiriste;
Pero también revelan tus serenas
Miradas, de bondad y perdón llenas,
Indomable poder que al mal resiste.

Tus padres te impusieron en la cuna,
Emblema de valor y de esperanza,
No sin misterio, victorioso nombre;

Que en los adversos casos de fortuna,
Armada de tranquila confïanza
Vence, callando, la virtud del hombre.



XLVIII

AL ILUSTRISIMO Y REVERENDISIMO SEÑOR PAUL ARZOBISPO DE BOGOTA

Salgo de mi mansión. ¡Qué hermosa lumbre!
El sol torres y campos ilumina;
Admiro el dón de la Bondad divina,
Gózome en su callada dulcedumbre;

Y pienso en vos, señor. Desde esta cumbre
Que, cuanto más al éter se avecina,
Mejor los patrios ámbitos domina,
Alumbráis la cristiana muchedumbre.

Dios por sol de las almas os levanta,
Lo mismo sobre alcázar eminente
Que sobre el valle y la ignorada choza.

Y el corazón agradecido canta,
Astro de paz, cuando a distancia os siente,
Y en el calor que derramáis se goza.



XLIX

DANIEL MALO O'LEARY

De odios exento, a la ambición inerte,
De mi tranquilo hogar furor sañudo
No me llevó a la lid; llevarme pudo
Tu amor ¡oh dulce Religión! más fuerte.

Combatiendo ofrecí por defenderte
Mi floreciente edad al hierro agudo,
Y, en tierra extraña, de enemigo crudo,
Por ti gozoso recibí la muerte.

Entonces tú me levantaste pía
Con palma triunfadora al cielo santo,
En medio de la angélica armonía.

¡No con acerbo, con mortal quebranto,
Caros hermanos, buena hermana mía,
Me recordéis, sino con tierno llanto!

1877.



L

PARA EL SEPULCRO DE DOS PARVULOS

¡Oh Padre celestial! Si mal de grado
Devuelvo el dón, apenas concedido,
Si por las prendas que perdí, tu oído
Mi queja hirió, perdóna mi pecado!

Hace un momento, padre afortunado
Gocé el bien de tus manos recibido;
¡Pueda ahora con lícito gemido,
Padre infeliz llorarle arrebatado!

El dolor que su pérdida me cuesta
No culpes, que lo acerbo de mi llanto
Cuánto aprecié tu gracia, manifiesta.

¡Hijos! ya disfrutáis del gozo santo;
¡Mas veros otra vez quisiera en esta
Triste mansión.... que amor nos ciega tánto!



POESIA Y LETRAS

LI

A LAS MUSAS

Cuando el soplo glacial de siglo impío
Haya agostado las postreras flores
Y extinga el sol sus últimos fulgores,
Y torne el mundo al lóbrego vacío,

Lloviendo ¡oh Musas! celestial rocío
Renovaréis del suelo los verdores,
Y alzaréis vuestros cantos triunfadores
Entre el silencio universal sombrío.

Como ya en primitivas soledades
Ejerceréis sublimes magisterios,
Domaréis monstruos, surgirán ciudades.

Y pues la Fe salvó en sus monasterios
Vuestras glorias en bárbaras edades,
¡Salvad en vuestras grutas sus misterios!



LII

PRIMA QUIES

Nocte silenti
Me quoque Musarum studium sub
Artibus anuetis sollicitare solet.

Claud.

En dulce paz y oscuridad completa,
Mientras en torno, hundido yace el mundo
En sueño placidísimo y profundo,
Mudo remanso de la vida inquieta,

De la vigilia entonces el poeta
Con paso desviándose errabundo,
Llega al país de la ilusión fecundo
Y oye de inspiración la voz secreta.

Y ve delante las celestes Musas,
La sacra gruta y escondida fuente,
A inefables misterios admitido.

Más vagas cada vez y más confusas
Las imágenes pasan por su mente,
Y queda sepultado en alto olvido.



LIII

MISION DEL POETA

Volar audaz hasta el lejano polo
No ambiciona la inmóvil Musa mía,
Ni a par de lauros que el Parnaso cría
Coger arenas que doró Pactolo.

Ni yo quiero pulsar mi lira solo,
A mi dolor sirviendo o mi alegría;
A todos en su lumbre envuelve el día,
¡De todos es la inspiración de Apolo!

Niéga ¡oh Gloria! a mi vida amenidades;
Niéga ¡oh Fama! a mi nombre adulaciones,
¡Pero viva mi espíritu, mi canto!

Cual herencia común de las edades
Recíbanme sensibles corazones,
Y embriáguense en mi amor, lloren mi llanto!



LIV

EL POETA

(Simbolizado en un árbol).

Arbol es el poeta, que si aferra
En recóndito seno la honda planta,
A las regiones de la luz levanta
La frente, que sublime instinto encierra.

Huyendo del contacto de la tierra,
Más dulce el aura, entre su sombra santa,
Silba, y de amor y gozo el ave canta
Cuando refulge el sol tras la alta sierra.

Paz y serenidad a el alma enseña
Su copa, remeciéndose en la altura
Con vago giro y con susurro arcano;

Y al cielo, en cuyo fondo se diseña,
Cual de alada visión, su vestidura,
Llama y convida al pensamiento humano.



LV

EL MISMO ASUNTO

Arbol enhiesto, imagen del poeta,
Nacido a señorear el firmamento,
No sin razón tu misterioso acento
La religiosa tradición respeta.

Aislado a veces en campiña escueta,
Das al viajero umbroso acogimiento,
Tú a las aves alígeras, asiento;
Tú, su blando susurro al aura inquieta.

¡Rey de la soledad! De superiores
Bienes al alma tú vagos anhelos
Infundes con tus plácidos rumores;

Y le ofreces, quebrándose en tus velos,
Más bellos de la noche los fulgores,
Como amantes miradas de los cielos.



LVI

ETERNA JUVENTUD

La nieve de los años no te enfría,
¡Glorioso corazón! tú no envejeces,
Y aun fuerzas nuevas recibir pareces
Del tiempo que en robártelas porfía.

Como la estatua de Memnón un día,
Te alzas sobre la arena, y cuantas veces
En ti el sol reverbera, te estremeces
Y llenas el desierto de armonía.

Si en perpetuo y gentil renovamiento,
No conoce un morir ni unos natales
El Fénix vividor del sentimiento,

En terrenal cuadrante no señales
Las horas en que das la voz al viento,
¡Tú, que cantas amores inmortales!



LVII

A HORACIO

Cantaste, Horacio, y de tu canto ufano,
«Levantéme,» clamaste, «un monumento
Con que a egipcias pirámides afrento;
Y viento y lluvia azotaránle en vano.

«El gemebundo Bósforo lejano
Oirá, y las Sirtes gétulas, mi acento;
Irá mi nombre al hiperbóreo asiento;
Cultos dará a mi Musa el sabio hispano.»

Tal dijiste en el bosque tiburtino,
Y presto se cumplió tu profecía,
¡Oh padre, oh gloria del laúd latino!

Mas no pensaste que tu voz un día,
Salvando el puerto de Hércules divino,
A otras playas y mundos volaría.

1862.



LVIII

A GONGORA

¿A dónde vuelas, pájaro canoro,
Que al sol con vista firme desafías,
Y en regiones crujir haces vacías
Fúlgida el ala en ímpetu sonoro?

A tu nombre fue gloria y fue desdoro
Tu audacia; que de allá, do luz bebías,
Caes, y te hundes en las ondas frías,
Cual rápido y brillante meteoro.

Hoy seguro y tranquilo el navegante
Cruza el domado golfo, antes sediento,
Que te dio tumba, volador gigante.

Mas contigo murió el atrevimiento,
Y no hay genio, cual tú, que se levante
Librando el cuerpo alado al raudo viento.



LIX

A DON JOAQUIN RUBIO Y ORS

(Lo gayter del Llobregat)

Ora celebres militar hazaña
Y el mar sujeto a la condal corona,
Ora la paz que al justo galardona,
Tu hermoso río y tu gentil cabaña,

Fragante emanación de la montaña
Semeja el canto que tu Musa entona
Ella el nativo acento no abandona,
Su fuerza ostenta y de dulzor lo baña.

¡Dichosos los galanes justadores
Que puntean, cual tú, mística lira,
Que ofrendan, como tú, cándidas flores!

¡Dichosa, veces mil, beldad que inspira
Tan puro y casto amor cual los amores
Que el trovador del Llobregat suspira!

LX

A DON JOAQUIN GARCIA ICAZBALCETA

El habla de Alarcón y de Valbuena
Que inundó bosques de verdor lozano,
Emulos del Parnaso Castellano,
Con ímpetu espumoso en rauda vena,

No parece que bulle ni que suena
En tus obras, ilustre mejicano:
Deslízase tu estilo manso y llano,
O se dilata en majestad serena,

Con aguas de virtud tan peregrina
Que ni el paisaje copian, ni el profundo
Seno descubren, ni se muestran ellas;

Y sólo mira, el que a mirar se inclina,
Las glorias de otra edad y de otro mundo,
Como en límpido lago las estrellas.



LXI

A DON JOSE MARIA DE PEREDA

(Leyendo a *Pedro Sánchez*).

Al cándido lector tu libro abierto
Presenta doble faz, do se combina
Miseria y gloria, y a la vez se inclina
A execración y a aplauso el juicio incierto.

Yo vi en sus francas hojas descubierto
El horror de política mezquina
Que honradas tradiciones arrüina,
Y murmuré afligido: «¡España ha muerto!»

Mas del genio admiré que allí campea
La rica vena y el jugoso brote,
Y el acre olor bebí de la Montaña,

Y estallar vi sobre la espalda rea
De santa indignación el duro azote;
Y gozoso exclamé: «¡Renace España!»

1884.



LXII

A HENRY WODSWORTH LONGFELLOW

Vengo a tocar tu lanza con la mía,
Poeta, cual antiguo caballero
Que en las justas retaba al mundo entero
En honor de la dama a quien servía.

¡Campeón de la inglesa poesía!
Yo, audaz mantenedor del lustre ibero,
Contigo en breve lid medirme quiero;
¡Tánto el Amor en su deidad confía!

El mismo alarde haré, que hiciste ledo
Vestido de británica armadura;
Armado voy de espada toledana.

Tuyo es el lauro, si vencido quedo,
Si ventajas alcanzo por ventura,
Lleve el lauro la lengua castellana.



LXIII

AL AUTOR Y A LA INSPIRADORA

DEL «AMOR SUPREMO»

Y dijo la divina Poesía:
«¡El cantor de la mística Odisea
Espíritu vital recobre, y sea
Su último inmenso amor dádiva mía »

Y de aquella región de donde envía,
Cual de velado foco excelsa Idea,
Que en vano el hombre audaz asir desea—
Vagos destellos a la tierra fría,

Beldad corpórea descendió, y su mano,
Que ardor glorioso infunde y vida nueva,
Sobre la frente moribunda posa;

Y despertando el Genio soberano,
Recibe eterna juventud, y eleva
Férvido canto a la humanada Diosa.

LXIV

LA MUSA AL POETA

(Al señor don Numa P. Llona).

Dijo al vate celeste mensajera,
De inmortal hermosura y luz vestida:
«Yo tu soñada soy, tu prometida,
Y por siempre seré tu compañera.

«Yo soy revelación de excelsa esfera,
Yo soy preludio de perpetua vida:
¡Cánta la gratitud a Dios debida,
De todo hermoso dón fuente primera!

«En hora malhadada, en NOCHE triste,
Herido el pecho en la terrena lucha,
A réprobo dolor parias rendiste,

«Purifíca tu espíritu y tu canto,
Y dá al mundo, que atento ya te escucha,
Fe, esperanza y amor en himno santo.»



LXV—LXVI

A UN ILUSTRE POETA PESIMISTA

(Habla la lira cristiana).

I

De los tesoros que en su seno cría
Pródigo el Hacedor, abrió su mano;
Bullidora potencia al oceano
Dio, y foco ardiente al luminar del día.

Y *a ti* el cetro fïó de la armonía,
Cual dón de soberano a soberano;
Te abrió del universo el hondo arcano,
Y decir puedes: ¡LA CREACIÓN ES MÍA!

Sí; que en tus versos el alado viento
Reproduces, el corvo firmamento,
La tierra florecida, el mar profundo.

Monarca potentísimo del canto;
Por la gracia de Dios tres veces santo,
Eres, ¡oh vate! creador segundo.

II

La tierra, el cielo, el líquido oceano,
Cuanto envuelve el espacio y baña el día,
Todo al Bien Sumo adoración envía
Con voz solemne o en silencio arcano.

¿Y tú, Poeta, en tu dolor insano,
Desconoces la diestra excelsa y pía?
Giras la vista en la extensión vacía,
¿Y erguirse ves universal Tirano?

Vuélve a tus cantos la atención, y díme
Si es dón de un Genio malo el grande acento
Que en ti robusto canta o dulce gime.

¡Yo que soy de tus manos instrumento,
Acompaño tu cántico sublime,
Y tu grito sacrílego desmiento!



LXVII—LXVIII

EXCELSIUS

I

En la cumbre ya estás de la montaña
Que domina en redor vasta llanura;
Corona blanco témpano la altura
Y líquido cristal los flancos baña.

Apariencia de muerte allí te engaña;
Hay vida en toda parte. Escarcha dura
Es sólo del volcán la vestidura,
Y arde el fuego a tus pies en su honda entraña.

Alza los ojos: del Señor las huellas
Míra en el cielo en lumbres y colores,
Que no es la creación inerte y fría.

En campo azul, como purpúreas flores,
Esparcidas contémpla las estrellas,
«Que son del firmamento pöesía.»

II

Súbe más, y vé allá trocarse en mundos
Sin perder su belleza, aquellas flores,
Ser ráfagas de lumbre sus colores
Y el horizonte azul cielos profundos.

Súbe aún más, y los orbes que segundos
Parecían de lejos, son mayores,
Su pálido matiz vivos fulgores
Centro de vida y de calor fecundos.

Y en ellos hallarás, en cumbre y sima,
En el viento y la mar, que zumba y brama,
Criaturas que el Señor sustenta y mima.

¿Oyes el himno universal? Es llama
De amor, que oculta el universo anima
Y luz a un tiempo y música derrama.



LXIX

LOS LIBROS VIEJOS

A Menéndez Pelayo.

Sustancia y flor del pensamiento humano
Alimento brindando o goce honesto,
En el siglo feliz décimosesto
Corrimos con honor de mano en mano.

Cubrió más tarde el horizonte hispano
Con sombra triste espíritu funesto,
Y a incógnito rincón relegó presto
Tosco desdén nuestro tesoro arcano.

Fue cada biblioteca un cementerio,
Los volúmenes doctos momias yertas
Y los rótulos líneas sepulcrales.

Más tú, restaurador del lustre hesperio,
El polvo sacudiendo, nos despiertas,
Y por ti renacemos inmortales.



LXX

A MARCO FIDEL SUAREZ

Viendo tú en alta noche que la muerte
A tu Isabel doliente se avecina,
En busca vas de humana medicina
Y encuentras, al volver, despojo inerte.

Ella, afligida por la adversa suerte
Que acíbar largo a tu virtud propina,
Fuese entretanto a la mansión divina
Por ti, Marco, a rogar al Santo, al Fuerte.

En la mortal contienda tú has quedado;
Auxilios ella desde allá te envía,
Y más te purificas en tu duelo.

Ella vive en tu mente, y a tu lado
Con las prendas de amor que te confía;
Una parte de ti llevóse al cielo.

6 mayo 1901.



LXXI

AL SEÑOR DON BELISARIO PEÑA

Con cítara divina dar supiste
Honor muy grande al suelo colombiano,
Y debieras, poeta soberano,
Gozar ya el galardón que mereciste.

Ocho lustros ausente, enfermo, triste,
Arrojado de término lejano,
Vuelves hoy a la Patria.... Padre, hermano,
Amigos de otra edad, ¡ya nada existe!

La patria de tus hijos hiel te ofrece;
Fiel la tuya te llama a un alto asiento,
Mas honor con espinas desmerece.

El árbol que al excelso pensamiento
Brinda plácida sombra, aquí no crece;
Aun al ciprés aflige hórrido viento.



LXXII

A UN SUICIDA

En mitad del camino de la vida
Con dones admirables de Natura,
Fuerza, lúcido ingenio y hermosura,
Abierto el mundo, la estación florida,

¿Qué infernal sugestión, qué interna herida,
Qué insondable misterio de pavura
Precipitó tu mente a la locura,
Armó tu mano y te volvió suicida?

¿Quién de ti propio, así, te hizo enemigo?
En la noche nefasta, ¿no tuviste
En el cielo, en la tierra un solo amigo

Espantosa venganza en ti ejerciste,
A un tiempo actor y víctima y testigo!
¡Oh mal irreparable! ¡oh sombra triste!



LXXIII

A F. C.

¿Confinado en cubierta galería
Viste cómo azotándose revuela
Alado insecto que salir anhela
A la inmensa región del claro día?

¿A qué las alas si le falta guía,
Si, cegado labrando su pihuela,
No da con la entreabierta portezuela
Que al reino de la luz le lanzaría?

Tú, que encerrado en tu sentido estrecho
A esfera superior buscas camino
Y desmayas al fin *mísero y triste*,

A la eterna verdad conviérte el pecho,
Píde luz al Espíritu Divino,
Insensato no digas: *¡Dios no existe!*

PASATIEMPO

LXXIV

A UN REMEDADOR

Hábil despojas al que vive, al mudo
Morador del sepulcro, íntegro heredas.
Tú, imitador insigne, morir vedas
A quien burla burlando des tu escudo.

Tánto alcanza tu magia, que no dudo
Que, modelando caracteres, puedas
Más parecido ser a quien remedas
Que el mismo remedado serlo pudo.

Fonógrafo eres tú, pero viviente,
Proteo humano, múltiple escultura
Que, a par de gesto y voz, un alma exhibe.

Murió aquel.... lo enterraron.... evidente!
Mas tú al paso atrapaste su figura,
Y el jayán de la charla sobrevive!



LXXV

JUSTICIA INQUISITORIAL

¿Hablas de Inquisición? Ella en su anhelo
De extirpar el error y la herejía,
No sólo a heterodoxos perseguía,
Sino a cristianos de imprudente celo.

Procesó a la beata que del cielo
Hizo ilusa bajar la Eucaristía,
Castigando a la vez la apostasía
Del mísero Cazalla y de Herrezuelo.

Hoy si existiera el tribunal de antaño,
Como falsas reliquias y amuletos
Quemó para escarmiento y desengaño,

A la par con heréticos folletos
Hiciera auto de fe, si no me engaño,
Con todos tus teológicos sonetos.



LXXVI

EL REPOSTERO

Notando un repostero que sus platos
Hallaban siempre al anfitrión remiso
En loar su primor, vengarse quiso
Y en lugar de perdices darle gatos.

«Cansado—dijo—estoy de hacer ingratos;
Yo a ese altivo glotón veré sumiso»;
Y aderezó tan detestable guiso,
Que así le hizo exclamar entre ululatos:

«¡Ay! ¿dónde están las suculentas sopas,
Dónde el pescado y perfumadas trufas,
Las cremas y sabrosas golosinas?»

Así al público tú nectáreas copas
Serviste; estuvo ingrato; al fin te atufas
Y sonetos que apestan le propinas.

LXXVII

RECIPE

Yo del bando homeopático seguía,
Aunque siempre remiso, el estandarte;
Quise probar con la experiencia el arte,
Y fallida salió la homeopatía.

¡En mal hora la pobre Musa mía
De sonetitis intentó curarte!
¿Qué ha conseguido? Que tu Musa ensarte
Sonetos como cuentas, mil por día.

Y es lo peor de la ensayada treta
Que pienses, cuando más febril e inquieto,
Que estás gozando de salud completa.

Alópata me vuelvo, y te receto
Cáusticos, vomitivos y lanceta,
Si te vuelve a salir algún soneto.

LXXVIII

CONSEJO

¿Porqué así te molestas y te azogas
Con el audaz mentir del periodismo,
Que sirve a los que pagan, y lo mismo
Hombres ensalza y recomienda drogas?

Si por causas morales serio abogas
Frente haciendo al venal charlatanismo,
Caerás vencido en el común abismo;
Contra el empuje de los tiempos bogas.

El más fuerte interés al flaco anula,
Y cándida verdad, justicia abstracta,
Sucumben en la horrenda batahola.

Entra en el juego, pues: engáña, adúla,
Intríga, acécha, con el diablo pácta....
O retírate y dí: «¡Rueda la bola!»



LXXIX

TU LIBRO

Quise leer a solas en mi quinta
El ejemplar de lujo de tus FLORES,
El libro en que tu Musa canta amores,
Fabrica sueños y bellezas pinta.

Excusando la péñola y la tinta,
Por marcar lo mejor de sus primores
Abrí el tomo, y mis dedos buscadores
Echaron fuera la doblada cinta.

Rima y más rima, sin calor, sin numen,
Infunde sueño y la atención agota;
Cerré los ojos y rodó el volumen.

¡Allí está! ¿Quién recoge la pelota?
¡Si yo vuelvo a hojearle, que me emplumen!
Aún la verde cintita al aire flota.



LXXX

A LOS PLAGIARIOS

Aborrezco la carne de conejo.
Por ver si se mojaban mis papeles,
Adobada sirvióme la en pasteles
Mi cocinero, que es taimado viejo.

Ni logró el susodicho animalejo
Incógnito pasar por mis manteles,
Pues le denuncian mis narices fieles
Y horrorizado el pastelillo alejo.

Y lo mismo lo malo que lo bueno
Discierne acá y allá mi fino olfato;
Con paladar analizante ceno.

¡Cuidado! No mezcléis liebre con gato;
Ni como vuéstro me endilguéis lo ajeno,
Que yo el origen sé de cada plato.



LXXXI

UN INVICTO

Me pronuncié en la plaza de Gerona
Y entreguéme a los vientos cardinales;
Si coger no logré lauros triunfales
Tampoco fue cazada mi persona.

No ceñí napoleónica corona,
Mas reuní numerosos mariscales;
De fértiles campiñas hice eriales;
Como plaga voraz de zona en zona.

No se dirá de mí lo que el Segundo
Felipe dijo de su grande armada;
Pues ni hombres me vencieron ni elementos.

Y mi gloria será en el Nuevo Mundo
La de la antigua Harpálice afamada:
Corrí los campos y vencí los vientos.



LXXXII

ANTIDARWINISMO

A fabulosas épocas se eleva
El cambio aquel de donde el hombre emana,
Según sueña la escuela darwiniana;
Ningún experimento lo comprueba.

Mi teoría es mejor, sea o nó nueva,
Pues la abona experiencia cuotidiana:
Que el germen, la viciada raza humana,
De toda clase de animales lleva.

El salvaje del hombre es descendiente;
Y monstruos tales brota el salvajismo,
Que a los museos van sus esqueletos.

Lo que en su dorso el darwinista siente,
No es rezago, es principio de monismo:
Hijo del hombre él fue; ¡veréis los nietos!



LXXXIII

IJÍ!

Mientras manso de lo alto descendiendo
Olvido y paz me brinda ángel bendito,
Y libre por el ámbito infinito,
Emancipado de la carne, asciendo,

De infernal guazabara nuncio horrendo
Viéneme a despertar súbito grito;
Siéntome lleno de terror, medito,
Y el sentido aguzando, el caso entiendo.

Al són del tiple, la totuma en mano,
Un cantor de taberna, su tonada
Remata con clamor bárbaro y triste.

¡Y aplauden! ¿Y ese monstruo es sér humano?
Volviendo la cabeza a la almohada,
Murmuro con dolor: «¡Darwin, venciste!»



LXXXIV

¡ MIO !

Como el corcel que con ligero casco
Al campo torna, libre del jinete,
Vuelvo asi a mi doméstico retrete
Soltando el freno incómodo que tasco.

Informes y expedientes me dan asco
En que civil deber me compromete,
Y sin que nadie mi silencio inquiete
En lecturas poéticas me enfrasco.

Andante a quien el sol abruma y lacra,
La corbata me quito y el chaleco,
De la raza de Adán pesado lío,

Y en la onda fresca de Hipocrene sacra
Dulcemente zabullo el cuerpo seco,
Y gozo, no en ser *yo*, sino en ser *mío*.



LXXXV

OBSESION

El león, que las selvas señorea
Y que gozoso ayer las recorría,
Padece de mortal melancolía:
Yace encovado o tétrico pasea.

Algún dolor secreto, alguna idea
Fatal le asedia con tenaz porfía:
Tratando de ahuyentar lo que le hastía
La cola bate, la melena ondea.

¿Qué nueva misteriosa pesadumbre
Le abruma, haciendo, más que de costumbre,
Su faz adusta, su mirada fosca?

¿En la tierra, en el aire o en el cielo,
En dónde el enemigo está?.... Dirélo:
Perseguido anda el rey por una mosca.



PATRIA Y OPINION

LXXXVI

¡PATRIA!

¡Patria! te adoro en mi silencio mudo,
Y temo profanar tu nombre santo.
Por ti he gozado y padecido tanto
Cuanto lengua mortal decir no pudo.

No te pido el amparo de tu escudo,
Sino la dulce sombra de tu manto:
Quiero en tu seno derramar mi llanto,
Vivir, morir en ti pobre y desnudo.

Ni poder, ni esplendor, ni lozanía,
Son razones de amar. Otro es el lazo
Que nadie, nunca, desatar podría.

Amo yo por instinto tu regazo,
Madre eres tú de la familia mía;
¡Patria! de tus entrañas soy pedazo.



LXXXVII

CONTRA EL EGOISMO

Contémpla la creación: es de los seres
Ley por instinto o por amor cumplida
Recibir juntamente y dar la vida;
¿Y tú, pobre criatura, aislarte quieres?

Serás más hombre mientras más sintieres
El común gozo o la común herida.
Si te apartas del árbol que te anida,
Del aire y luz que te sustentan, mueres.

Tierra y cielo te envuelven. ¿No resuena
La voz de tus destinos, hombre lento,
Allá en tu soledad y noche oscura?

En nombre de tu Patria el bronce truena,
Y en tañidos undívagos el viento
Lleva el clamor de tu Ciudad futura.



LXXXVIII

EL DESCASTADO

Tú, a quien lanzó desnudo a tierra extraña
Civil discordia o el rigor del hado,
No del todo te llames desgraciado
Si la patria en tu seno te acompaña.

Mísero aquel que de su propia entraña
La patria misma arranca descastado.
Y vive de su imagen divorciado
O evócala tal vez con impia saña.

¿Adoptar podrá en cambio ajena tierra?
No, jamás gozará de afecto fijo
Quien secó la raíz que al suelo aferra.

Hijos no engendra el que de nadie es hijo,
Y germen de virtud ninguno encierra
Arbol estéril a quien Dios maldijo.



LXXXIX

PER ME REGES REGNANT

Débil el cuerpo, pálido el semblante,
Anublada la vista, lento el paso,
Seca rama parece o frágil vaso
El efímero sér que ves delante.

Contempla luégo su poder triunfante:
Domina ancha región, de oriente a ocaso.
Y el golpe rudo, el militar fracaso
Obra es del rayo que vibró distante.

Acata el fuerte guerreador su nombre,
Y pronta a obedecer, la muchedumbre
Un solo acento, una señal aguarda.

¡Ahora niéga el espíritu en el hombre!
¡Niéga, incrédulo, a Dios, que en alta cumbre
Coloca al genio, y le protege y guarda!



XC

LOS PADRES DE LA PATRIA

I

En vano ¡oh Tiempo victorioso! en vano
Sepultas bajo lápida de hielo
Los siglos, y derribas por el suelo
Los monumentos del orgullo humano.

Matas al hombre: el genio soberano
Elévase radiante en manso vuelo;
Inmóvil brilla en la región del cielo,
Y allá no alcanza tu poder tirano.

Viven por cima de tus yertas zonas
De la gloria los fúlgidos fanales,
De la virtud las palmas y coronas.

¡Oh Tiempo! a los varones inmortales
Con los mismos escombros que amontonas
Labras, a tu despecho, pedestales.

II

¿No ves ¡oh Patria! los augustos manes
Del que dejando la mansión nativa
Te convirtió a la fe; del que, cautiva,
Consagró a redimirte, sus afanes?

Héroes ambos en luchas de titanes,
Anudada a la sien mística oliva,
Irguense allá sobre la cumbre altiva
Del Ande gigantesco y sus volcanes.

¡DESCUBRIDOR!.... ¡LIBERTADOR!.... Honores
Y adoración filial ambos merecen;
Genios son de Colombia protectores.

Acércanse uno a otro, iguales crecen,
Y al unido raudal de sus fulgores
Intermedias centurias se oscurecen.

III

No es engaño de loca fantasía.
Cuando civil contienda hórrida estalla,
Mientras barre falanges la metralla
Y el humo envuelve la región vacía,

¡Benéficos patronos! la hidra impía
Vuestra faz borra, vuestro acento acalla,
Hasta que cesa la feral batalla,
Vuelve la paz y resplandece el día.

Entonces vuestras plácidas facciones
Torno a admirar; y vuestra voz secreta,
Que ahogó el fiero bramar de las pasiones.

Cual fulmínea palabra de profeta
Vibra en los generosos corazones,
Y el cantor de la Patria la interpreta:

IV

«¡Hijos! Si honrar queréis nuestras faenas,
Conservad vuestra herencia íntegra y pura:
Os dimos habla, religión, cultura,
Y la sangre que corre en vuestras venas.

«Repetid nuestro abrazo: en las serenas
Moradas de la luz, de guerra dura
El odio se extinguió, y amor perdura.
¡De vivífico amor atad cadenas!

«No con vapor de sangre, con aroma
De virtud propiciad a vuestros lares:
Amad a España, venerad a Roma;

«Y a un lado y a otro lado de los mares,
A un tiempo en el canoro patrio idioma,
Suene el Himno de paz en los altares.

V

«¡Pueblos! En vicio torpe, en muelle holganza
Hallaréis ruina y deshonor profundo:
Sólo el trabajo varonil, fecundo,
De señorial grandeza el premio alcanza.

«Poned en el Señor la confïanza;
Los senos explotad del Nuevo Mundo;
Natura a vuestro esfuerzo sin segundo
Depondrá domeñada su pujanza.

«No valla, sino red, la cordillera
Os enlace con fuertes eslabones;
Broten emporios, la discordia muera;

«Tremolen en un haz nuestros pendones;
Crezca gloriosa la familia ibera,
Y ríndanle tributo las naciones.»

VI

Y resonando el eco prepotente,
Inflamarse sentí mi fantasía,
Y que insólita fuerza la impelía
En raudo vuelo al porvenir latente.

Dos sendas se abren a mi absorta mente,
A ti de triunfo o muerte, Patria mía,
Según que al numen que tus pasos guía
Dócil hayas de ser o inobediente.

Miré al izquierdo lado, y vi a tu raza
Que de su hermosa tradición reniega,
Y con el monstruo del error se abraza;

Y suicida nación, convulsa, ciega,
Sus armas y blasones despedaza,
Y a desalmado mercader se entrega!

VII

Volví a otro lado, América, la vista,
Y asilo te contemplo y esperanza
Del mundo, cuando rota la balanza,
No más a su honda agitación resista.

¿Cuál arca habrá que náufrago le asista?
De los pueblos hesperios la alïanza,
Que de ofensa común será venganza,
Y de altísimos bienes reconquista.

Vi abrir sus sendas al comercio hispano
No aleve abismo, sino alado puente,
Que hemisferios aduna, el Oceano;

Con nueva majestad la ibera gente
Erguirse, y recobrar con firme mano
El áureo cetro y húmedo tridente.

1884.



XCI

LA REVOLUCION

Nace viento sutil; con manso halago
Besa las flores fugitivo y leve;
Vuela, y a erguidos árboles se atreve;
Marcha, y riza la faz del ancho lago.

Tiende alas negras, resonante y vago,
Las campiñas arrasa, el mar remueve;
Mas, no violado, el sol asoma en breve,
Y vida nueva brota del estrago.

Así germina sorda, y luégo brama
Amotinando populares greyes,
Pérfida voz que libertad aclama.

Perdura el cetro, aunque sucumban reyes;
Demolido el altar, vive la llama,
Y eternas rigen las divinas leyes.



XCII

ROMA

Ves la ciudad más grande de la tierra,
Y llegas, caminante, a sus umbrales:
¡Salúdala! en cenizas inmortales
Oculto guarda el rayo de la guerra.

Cuando la noche su recinto cierra,
Númenes la visitan celestiales;
Ostenta en paz de su poder señales;
Sacras reliquias en su seno encierra.

Roma es de inmensa majestad morada;
Está bendito este aire que respiras,
Y esta tierra que pisas es sagrada.

Humílla aquí tu altivo pensamiento,
Y búsca en cuanto palpas, cuanto miras,
A tus ávidos ojos alimento.



XCIII

A LA ENCICLICA «HUMANUM GENUS»

—¿Qué gran clamor esparcen, Fama inquieta,
Tus voces y tus ecos a porfía?
—Tremenda intimación que al hombre envía
El que los orbes a su ley sujeta.

Si del Señor se mofa y su Profeta
La ímpia raza de Adán en loca orgía,
Y hace con incurable apostasía
La copa del furor hervir repleta,

No espere que la diestra soberana
Los usados castigos hoy repita
En que germen benéfico se encierra;

Hija de la soberbia ciencia humana
Ya nació la traidora DINAMITA;
Fulmínea brota y yermará la tierra.



XCIV

LEON TRECE

«Lléva tú mar adentro la barquilla;
De hombres,» dice el Señor, «tus redes lléna;»
Y la mar, ya turbada, ya serena,
Hendió de inerme pescador la quilla.

Centro del mundo, prometida orilla,
La acoge en firme roca, no en arena;
No el tiempo la conmueve; en vano truena
La tempestad sobre la Sacra Silla.

Allí de Pedro el sucesor lejano
Manso bendice a las opuestas zonas,
Pescador de las almas soberano;

Y del Ganges al par y el Amazonas
Naves miles y mil al Tibre ufano
Van a ofrendar sus palmas y coronas.

1887.



XCV

A ESPAÑA REVOLUCIONARIA

(1869)

¿De qué te sirven, dí, de sangre rojos
Tus campos que tu propia sangre baña?
¿De qué el carro triunfal te sirve, España,
Si llevándote, lleva tus despojos?

Cegáronte domésticos enojos,
Y lidiaste, y corriste la campaña....
Cuando la venda caiga de tu saña
Tras el vencido en vano irán tus ojos.

Con la vista perdiste la memoria;
Ese trono que vuelcas es tu asiento,
Y esas glorias que insultas son tu historia.

El grito de la lid llevólo el viento:
Pasará así tu canto de victoria,
Y entonces llorarás tu vencimiento.



XCVI

LA ESTATUA

¡Hola! ¿estatua erigís a un monstruo insano,
Y olvidáis la virtud noble y austera?
Merecéis que esa efigie vida adquiera,
Y os torne a flagelar su dura mano.

¡Está bien! El artífice, que en vano
Para vil obra inspiración espera,
Sombra no acierta a idealizar tan fiera,
Y fiel, a su pesar, vació al tirano.

Mírele el pueblo: del infierno brota
Negro demonio que a Colombia azota,
Estampa de insolencia y de sevicia.

Bueno es que, cual los vimos ya en retablos,
Multipliquéis en bronce a vuestros diablos;
¡Honores decretad; serán justicia!

XCVII

FRANCIA REVOLUCIONARIA

Con honda envidia y homicida encono
A toda autoridad falté al respeto:
Yo corté la cabeza a Luis Capeto;
La espada que forjé restauró el trono.

Mas no a los nuevos príncipes perdono,
Y habiendo a todos nivelado, aquieto
Mi rabia al fin: mi triunfo está completo,
E himno de libertad ufana entono.

Presidentes anónimos elijo,
Cómicos democráticos reúno;
Mas ya este juego me parece eterno.

Fastídiome, y cual loca andando, erijo
Colosal torre sin objeto alguno,
O ante un negro caballo me prosterno.

1889.



XCVIII

USURPACIONES

El silencioso secular retiro
Donde almas se abrigaban penitentes,
Hoy soldados invaden insolentes;
Cátedras santas profanadas miro.

¡Ay! cuando entre estos edificios giro
Monumentos de fe, sobrevivientes
A más gloriosa edad, más nobles gentes,
Suspendo el paso y con dolor suspiro.

¡Cómo sus venerables fundadores
Gemirían, si en lástimas trocados
Viesen tántos desvelos y sudores!

Muere el hombre, y a dónde van no sabe
Sus creaciones en brazos de los hados;
¡Que aun orfandad en pensamientos cabe!

1863.



XCIX

EL PARTE DE LA HUMAREDA

Salta el fiero invasor sobre la arena
Que el sol con rayo vivo ha caldeado,
Y, de tonante máquina apoyado,
Forzar el paso y avanzar ordena.

Opónese a su ejército y lo enfrenta
De invictos guerreadores un puñado:
Responde al golpe el golpe redoblado;
Baña el campo la sangre en larga vena.

Tendió muda la noche el negro manto:
Súbita luz, bajo rugiente trueno,
Siniestra alumbra la extensión vacía;

Y entre el destrozo y funeral espanto,
Con visión clara y corazón sereno,
QUINTERO escribe: «La victoria es mía.»



C

EL TIRANO

Con la frente el tirano al cielo toca,
Busto de bronce sobre pies de arcilla;
Del monte deslizada piedrecilla
Rueda, y la mole colosal derroca.

Infanda adulación ya no provoca,
Vago terror no infunde. Maravilla
Que a la patria impusieran tal mancilla
Teatral ostentación, soberbia loca.

¡Cuánto cómplice, tarde arrepentido,
Lamenta a solas que lanzar no pueda
La infanda historia al seno del olvido!

Como estigma imborrable el pueblo hereda
Con la sangre el pecado transmitido;
Pasó el azote, la vergüenza queda.



CI

EL LIBERTADOR

¡Cuán otro el que misión hercúlea y santa
Corona, y vence la difícil meta!
El defiende a los débiles; él reta
Y postra al monstruo que a la tierra espanta.

Doquiera el brazo vengador levanta
Tiémblale el malo, el bueno le respeta;
Inconmovible como antiguo atleta
Doquier repose la segura planta.

A otra generación, envanecido,
«¡Le vi!» dirá el anciano. Envidia impura
Acallará impotente su bramido.

El héroe pasa, el beneficio dura,
Y en la mente de un pueblo agradecido
Crece incorpórea la inmortal figura.

1889.



CII

HOMBRES ANTIGUOS

Yo aquel «alabador de lo pasado»
No soy, que dijo Horacio. Yo lo bueno
De lo malo distingo: esto condeno,
Apruebo aquello como juez honrado.

Si a otra edad con la mente me traslado
Hombres descubro, al interés terreno
Extraños, de alto espíritu sereno,
Que de honor y virtud fueron dechado.

Si hoy alguno como esos divisara,
De gozo henchido, de temor ajeno,
Mi ferviente homenaje le llevara.

Hombres tales existen, no lo dudo;
Mas desde este rincón esa ave rara
A ver no alcanzo, pensativo y mudo.



CIII

LA CALUMNIA

¡Gran poder el del mal! Esa simiente
Que al viento esparces, impalpable flota,
Y, acá y allá cayendo, arraiga, brota;
De boca en boca va, de gente en gente.

Cual venenosa, múltiple serpiente,
En lejano lugar y edad remota
Ella ejercita su potencia ignota
Cebándose en su víctima inocente!

Querrás en balde reparar el daño:
Fijo el recuerdo del enorme engaño
A tu conciencia robará la calma.

Vendrá el día terrible, y, «¡Torpe, necio!»
Despechado dirás, «a qué vil precio
Pude vender a Satanás el alma!»

CIV

A SOLAS

Cristo enseña el amor: a Magdalena,
Porque amor trajo, acoge y la perdona;
Tres veces preguntó a Simón Barjona,
«¿Me amas?» y apacentar su grey le ordena.

Húye de lo que brilla y lo que suena,
No te deslumbre la triunfal corona;
Sólo al alma consuela y galardona
Otra alma, con amor, cándida y buena.

La fama bulliciosa me fatiga,
La lisonjera admiración me enfada,
Me ofende que me muestren con el dedo.

Si así me quieres tú, ¡Dios te bendiga!
Tráeme gente acá sincera, honrada;
Admiradores, ¡nó! les tengo miedo.



CV

SONETO

Quise, huyendo a la luz del desengaño,
Las pisadas seguir del Nazianceno,
Y en honesta labor y ocio sereno
Consumir mi existencia año tras año.

Vivo, en fin, a este mundo tan extraño
(Por quien Cristo, al volver del Padre al seno
Rogar no quiso) cuanto de él ajeno
Vivir puede en su cueva el ermitaño.

¿Mas a quién no conturba, a quién no espanta
Que un falso celo religioso intente
Erigir el delito en causa santa?

Mi espíritu, aunque a todo indiferente,
Llegar no pudo a indiferencia tánta,
Y horror e indignación a un tiempo siente.

CVI

SONETO

¿Creéis erradamente que os persigo?
Perdonarme debéis como cristiano.
¿Fui vuestro defensor, fui vuestro amigo?
Tratadme al menos como buen pagano.

Pues Cristo enseña: «Amad al enemigo,
Mirad al que os oprime como a hermano;
Que mal no hagáis al valedor, no os digo,
Cuando esa es ley del corazón humano.»

Instintos El por eso y no deberes
Invocando si alguno le maldice
Más que otros fiero entre villanos seres,

Con la común moral arguye y dice:
«Si nunca te hice mal, ¿porqué me hieres?
Y si me hieres, dí, ¿qué mal te hice?»



CVII

ORACION DEL HOMBRE PUBLICO

Si no vencer, sino luchar me obliga
Por la fe y el honor, si hay un Dios bueno
Que enmendar sabe el éxito terreno
Cuando, supremo Juez, premia y castiga,

¡Adelante! No temo la enemiga
Saña, aleve puñal, sutil veneno;
Con pecho firme y ánimo sereno
Dispuesto estoy a la mortal fatiga.

Sólo el contagio de pasiones temo;
Temo la justa indignación que inspira
De pérfido enemigo la asechanza.

¡Oh Dios! a los asaltos de la ira
Ciérra mi corazón, y en lance extremo
Prefiera yo el martirio a la venganza.



CVIII

LAS ESTATUAS

Auxiliada del arte, amistad pura
Fijó la imagen de inmortal ausente.
¡Oh! ved entre los árboles latente
En mármol blanco la gentil figura.

¡Bien está allí! que tras la liza dura
Tornaba el animoso combatiente
En bosque sacro a serenar la mente,
A meditar bajo la sombra oscura.

¡Es, y no es él! le falta el sentimiento;
No ve la tempestad formarse arriba,
Ni la sorda amenaza oye del viento.

Yo, muda estatua, pero estatua viva,
Todo el rigor de la intemperie siento;
Me azota el vendaval, no me derriba.

CIX

EURISTEO

Mal rey de los ergivos, Euristeo
Gozábase en la sangre y en el llanto,
Y al colmilludo puerco de Erimanto
Hizo ministro de su atroz deseo.

Puesto había a los pies del monstruo feo
Cuanto hermoso aparece o fuerte o santo;
Mas a Hércules causar no pudo espanto
Ni sojuzgar su esfuerzo giganteo:

Al sangriento animal dio el héroe caza,
Y del rey aterró el cortejo inmundo,
Y arrasó las horrendas madrigueras.

Hoy ya no existe de Hércules la raza,
Mas quedan ¡ay dolor! en este mundo
Los viejos malos y las bestias fieras.

1902.



CX

FUEGO FATUO

Son celestes creaciones
Los excelsos pensamientos:
Hay ritmo en sus movimientos,
Luz pura en sus vibraciones.

No así las emanaciones
De fétidos monumentos,
Que el vulgo juzga portentos
O aciagas apariciones.

Te contemplo, no te admiro;
Ni eres astro ni misterio:
Es irregular tu giro,

Tu brillo fatuo, no eterio;
No diamante, no zafiro,
Eres luz de cementerio.

1901.



REFLEXION

CXI

SIN PALABRAS

Del blando ruiseñor la lengua arpada,
De agreste flauta el plácido silbido,
La lluvia en su monótono rüido,
El bosque en su gemir, ¿qué dicen?—Nada.

El sordo retumbar de la cascada,
Por las brisas el ponto conmovido,
Y en mil y miles ecos esparcido
El canto universal, ¿qué dicen?—Nada.

No lleva estrecho, rígido sentido
Sino amor vago, inspiración sagrada
En su fuerza melódica el sonido.

Allá mismo en la célica morada,
La música que escucha el elegido
Le infunde gozo sin decirle nada.

CXII

LA IDEA

Cansada de volar por el vacío,
Renuncia al fin a su ambicioso anhelo
El ave errante, y desde el alto cielo
Desciende a reposar en bosque umbrío.

Así también el pensamiento mío
Detiene fatigado el largo vuelo,
Y descanso le brindan y consuelo
Verde selva, honda gruta, sesgo río.

Mas sólo allí descansa el ave en donde
La realidad encuentra que desea;
No hace ella el árbol que su nido esconde.

Más poderosa la fecunda idea
A sí misma se arrulla y se responde
Y en sí, de sí, sus paraísos crea.



CXIII

TRISTEZAS

Surgit amari aliquid.

¿Por qué en el rayo de estrellas remotas
Que en cristalino raudal se estremece;
Por qué en aquellos que el músico ofrece
Acordes trinos, dulcísimas notas;

Por qué en los ojos, do en tímidas gotas
Que un beso enjuga, amor resplandece,
Hay algo triste que el pecho enternece
Y el alma cubre de sombras ignotas?

¡Ah! siente el hombre que ser más debía:
No es inocente y está desterrado;
Gloria le falta que tuvo algún día.

¡Hondo vestigio de un bien que ha pasado!
¡Reminiscencia de antigua alegría!
¡Remordimiento de antiguo pecado!

CXIV

LO MAS TRISTE

Lo que ayer florecía hoy mustio yace,
Mañana yacerá lo que hoy florece;
Llévanos a do todo va y fenece
El mismo impulso que vivir nos hace.

Así la ola que entre espumas nace,
Con el ímpetu mismo con que crece
Más presto llega a cima, y encanece.
Y en el líquido fondo se deshace.

Y tú, Belleza, al corazón tan cara,
Del placer y las gracias compañera,
Mueres también, y Amor te desampara.

Nada más triste que tu ruina hubiera
Si más allá la muerte no llegara,
¡Si también la Inocencia no muriera!



CXV

AQUELLA Y ESTA

Te vi sencilla, tímida, modesta,
Hija de bendición, en el retiro
De la paterna casa, y un suspiro
Robó a mi pecho tu hermosura honesta.

Dudo si aquélla fuiste o si eres ésta
Cuando en brazos de audaz galán te miro
Seguir de alegre valse el raudo giro
Entre el bullicio de la impura fiesta.

En ti ayer el pudor resplandecía;
Hoy, campando sin él, tú resplandeces,
¡Seno y brazos hermosos, a fe mía!

Mas al par que tan bellas desnudeces
De gracia y morbidez te dan la palma,
Muestras también ¡qué horror! desnuda el alma.

CXVI

SOBRE EL ABISMO

Diáfana línea tu horizonte cierra,
Con viento igual tus velas van redondas;
Ni aguas ni nubes con la mente sondas,
Te acuerdas sólo de la dulce tierra.

Fábula estimas lo que el ponto encierra
Bajo el rizado manto de sus ondas:
Vasta región, concavidades hondas,
Voraces monstruos y perpetua guerra.

Mas cuando esfuerza el huracán su vuelo,
Y la espuma se agita, y truena el polo
Y todo amaga horrendo cataclismo,

Tarde invocando al enojado cielo,
Ves tu suerte pender de un golpe solo,
Y asido al frágil leño el negro abismo.



CXVII

NOCHE SERENA

Cuando en noche serena, en limpio cielo,
Admiro los innúmeros fanales
Que iluminan los campos eternales
Con blanda luz, en concertado vuelo:

Templo augusto, que plácido consuelo
Vierte, en mudo esplendor, a los mortales,
Sin que nunca a sus místicos umbrales
Llegue la tempestad que aflige al suelo;

De la ciudad de Dios símbolo pleno
Contemplo, y el error que transfigura
Las ánimas en astros, mal condeno:

Espíritu celeste, llama pura
En mí alienta, se agita, y abro el seno
A la esperanza de inmortal ventura.



CXVIII

AÑO NUEVO

¿Quién eres, Añonuevo? ¿Nueva, ilesa
Porción ignota de mi propia vida?
¿Traes daga sutil o sacra egida?
¿Vívida llama o mísera pavesa?

¿O ni de amago tú ni de promesa
Eres capaz, convencional medida
Del tiempo vago que en ficticia huída
El huir de las cosas sólo expresa?

Tan oscuro, aunque próximo pareces,
Que no sé si acogido ser mereces
Con luto acerbo o con floridos ramos.

Misterioso tu sér se oculta y calla....
Mas son las doce, y el champaña estalla,
Y con loca emoción te saludamos!



CXIX

PRO SENECTUTE

¡Tú, que emprendiste bajo albor temprano
La áspera senda con ardiente brío,
Y ahora inclinado y con andar tardío
Rigiendo vas el báculo de anciano!

Torpe el sentido y el cabello cano
No te acobarden, ni en sepulcro frío
Contemples con doliente desvarío
De rápido descenso el fin cercano.

Fúlgida luz la vista te oscurece;
Argentó tu cabeza nieve pura,
Cesas de oír, porque el silencio crece;

Te encorvas, porque vences la fragura
Anhelas, porque el aire se enrarece;
Llegando vas a coronar la altura.



CXX

VIDA Y MUERTE

La alegre flor de tus risueños días
Gozaste ya, la juventud dorada;
Venciste la mitad de la jornada
Y declinas a extremas agonías.

Hoy ves, al recordar tus alegrías
Y aquella edad de néctares colmada,
Que la esperanza no quedó agotada
Ni fue tal el placer cual presumías.

Sírvate la experiencia de consuelo,
Próximo a dar tu débil despedida
Al mundo, para un viaje oscuro y largo.

Compensa el bien y el mal piadoso el cielo:
Ni es muy dulce la copa de la vida,
Ni el cáliz de la muerte es muy amargo.



CXXI

AL SUEÑO

¡Placidísimo Sueño! yo te amo
Cual precursor del término postrero;
No como a sombra, como a luz te espero;
Sacude ya sobre mi sien tu ramo.

Fantástico no vengas. Ni cual amo
Que en esclavo infeliz se ensaña fiero,
Caprichoso y tiránico te quiero,
Ni como a dulce engañador te llamo.

No me brindes la miel de tus ficciones
Que, despertando, amargan; ni en inerte,
Letárgica ignorancia, me aprisiones.

Alada el alma, luminosa, fuerte,
Goce un instante, al merecer tus dones,
El ósculo inefable de la Muerte.



CXXII

EL SUEÑO

De ropas despojado entro en la cama,
Cual fatigado gladiador desnudo
Entrégase al raudal copioso y mudo
Que en ancho cauce manso se derrama.

El baño delicioso allí le llama,
Depura del sudor el cuerpo rudo,
Fuerzas recobra, y de mejor escudo
Armado vuelve a hollar la verde grama.

Así al lecho me acojo, así desciende
Sueño consolador, vuelca la urna,
Y sus aguas benéficas extiende.

Báñase el alma en la ilusión nocturna,
Misteriosos abismos dulce hiende,
Y fuerte vuelve a la labor dïurna.



CXXIII

IMPOTENCIA

En vano el hombre el júbilo o la pena
En digno acento a revelar aspira:
Canta, y frustrado el grande esfuerzo mira
Que a mortal desengaño le condena.

Nunca en la blanda, pastoril avena
Toda la suavidad de amor suspira,
Ni en las vibrantes cuerdas de la lira
Como en el alma la pasión resuena.

¿Cuándo imitar podrás el gran concento
Del piélago espumoso y selva oscura,
Ni del éter copiar la luz radiante?

Rómpe ¡infeliz! tu mísero instrumento,
Y, mudo en el regazo de Natura,
Déja que ella por ti fulgure y cante.



CXXIV

ULTIMO BIEN

Tú, muda autora de insanables daños,
Compañera embozada, suerte impía,
Que carcomiendo la existencia mía,
Me envuelves en funestos desengaños:

Pues ya a mi pecho inerte son extraños
Anhelos de poder y nombradía,
Y de la edad robusta la osadía
Cede y se rinde al peso de los años,

Acába de arruinar tan flaco muro,
Extíngue de una vez cuanto poseo;
¡Mas déjame un recuerdo hermoso y puro;

Y exento de ambición y de deseo,
Entre escombros marchando al reino oscuro
Llévele yo como inmortal trofeo!



CXXV

LOS MUERTOS

En el silencio de la noche umbría,
Cuando el dulzor de místico beleño
Mis ojos baña y desarruga el ceño
Que en mi frente imprimió dura porfía,

Hermanos ¡oh! de infancia y poesía,
Muertos queridos! por merced del Sueño
Vuestro semblante plácido y risueño
Torna a mostrarse ante la vista mía.

No! ficciones no sois del pensamiento!
Os he palpado, y vuestro propio acento
He sentido vibrar secreto y hondo.

Ni ya a evocaros fui de los abismos
De la inmortalidad; vosotros mismos
Acudís a llamarme, y yo respondo.



FE Y PIEDAD

CXXVI

BATALLA

Resíste a la pasión; y no te aflija
Que, aun domada, no sepas darle muerte;
Ni te engañe, si ansiosa de atraerte
Finge ella ser de tus entrañas hija.

Mientras santo temor tus pasos rija,
Y opongas al asalto escudo fuerte,
¿Qué importa que el infierno se concierte
Y contra ti sus ímpetus dirija?

No a descansar, a combatir naciste;
Es la vida jornada meritoria,
Y en la constancia el mérito consiste.

Triunfar de un inmortal es alta gloria,
Y hombre que lucha y hasta el fin resiste,
Muriendo alcanza la mayor victoria.



CXXVII

LA PROVIDENCIA

Nacimos de mujer, ¡dichoso agüero!
Que, cual bello celaje matutino,
El amor maternal, de amor divino
Es preludio dulcísimo primero.

Infancia es nuestra vida: al vïajero
Que en brazos de una madre, tierno, vino,
Dios le recibe, y a inmortal destino
Llévale, a veces por piedad severo.

¿No ves bajo sus plumas cuál regala
El ave amante al tímido polluelo,
Y aterrada, al soltarle, un grito exhala?

Mas él tiende seguro el largo vuelo;
Que, si le falta de su madre el ala,
Le cubre el ala azul del combo cielo.



CXXVIII

EN EL DESIERTO

Mientras del mundo el cuerpo se desvía
Doliente, amenazado de la muerte
Que abruma al que, aún no vuelto al polvo inerte,
Cesa de disfrutar la luz del día,

Sobre árido desierto el alma mía,
Previniendo los golpes de la suerte,
Alza nómade techo, donde vierte
Floridísima luz la poesía.

Vén y conságra tú, Religión santa,
La móvil tienda, y purifíca al huésped
Que canta peregrino en este suelo;

Y cual tímido arbusto se trasplanta
Llevando asido a la raíz el césped,
Con su lira al cantor trasláda al cielo.



CXXIX

EN EL TEMPLO

Aquí cándida paz, sombras süaves,
Silencio manso o cántico sereno;
Afuera, amago torvo o ronco trueno,
Agudos arrecifes y ondas graves.

Recinto de auras puras y amplias naves
Está de un Dios de amor el templo lleno,
Y abríganse las almas en su seno
Como en la roca, en tempestad, las aves.

Cual en vasto sepulcro silencioso
Aquí me reconcilio con la muerte,
Pregustando el dulzor de su reposo.

Hablo con Dios, y yace el tiempo inerte,
Y mi espíritu ya, semiglorioso,
Comienza, Eternidad, a poseerte.



CXXX

A JESUCRISTO NUESTRO SEÑOR

¡Con qué poder desde épocas lejanas
Tu voz halaga el interior oído!
¡Cómo al que puso en ti secreto nido
Brindas consolaciones soberanas!

Lo amargo endulzas tú, lo enfermo sanas,
Con la vista penetras lo escondido,
Levantas con tu diestra lo abatido,
Con tu palabra lo imposible allanas.

Eres camino y luz, verdad y vida,
Y ábrese igual tu corazón al modo
Que igual se ofrece a todos ancho el cielo.

En ti halla íntimo gozo, en ti cumplida
Riqueza, en ti sublime fuerza, y todo,
El triste, el pobre, el flaco, el pequeñuelo.



CXXXI

MI OFRENDA

¡Dulcísimo Jesús! Si la inocencia
No sólo mereció tus bendiciones,
Si admites a tus grandes galardones
Los frutos de la austera penitencia!

Si tú, por un milagro de clemencia,
A par de voluntarias privaciones
Recibes el dolor que al alma impones
Cuando humilde se inclina a tu sentencia;

Si tú nuestras miserias y pesares
Enalteces así por tu preciosa
Sangre, y premio glorioso les destinas,

Llevaré confïado a tus altares,
No de estéril laurel ni muelle rosa,
Esta corona, que ceñí, de espinas.



CXXXII

MON OFFRANDE (1)

Seigneur, si ce n'est pas la fleur de l'innocence
La seule qui vous plait de nos oblations,
Si vous au coeur qui pleure accordez vos pardons
Et la gloire éternelle aux fruits de pénitence;

Puis, si par un miracle, un excès de clémence,
Vous acceptez auprès de volontaires dons,
La fatigue, le mal, tout ce que nous souffrons,
Pourvu que l'âme adore, ô Dieu! votre sentence

Si l'humaine douleur, les misères d'ici
Peuvent mériter bien, et devenir aussi,
Par votre sang divin, des souffrances divines,

Je ne porterai pas, qu'importe? à votre autel
La rose ou le laurier, stériles pour le ciel;
Mais j'y déposerai ma couronne d'épines.

(1) Versión hecha por el autor del soneto «Mi ofrenda.»



CXXXIII

A LA SANTISIMA VIRGEN

¡Oh Madre del amor hermoso y santo!
Tú, que sobre las fúlgidas estrellas
Vertiendo luz que se refleja en ellas,
Reinas, después que conociste el llanto!

¡Del pecador, asido de tu manto,
Acóge tú las férvidas querellas!
¡De mi torpe vivir las hondas huellas
Bórra, tú que de Dios obtienes tánto!

¡Libre yo de cadenas y de abrojos
Torne a los horizontes de mi infancia;
Perezca el hombre en mí, renazca el niño,

Para gozar la lumbre de tus ojos,
Y embriagarme en tu mística fragancia,
Y merecer tu maternal cariño!



CXXXIV

EL BESO DE JUDAS

Jesús divino su grandeza ostenta
Con amor infinito y mansedumbre,
Ya brinde pan a inmensa muchedumbre,
Ya disipe en el golfo la tormenta.

Muéstrase Dios cuando a la Muerte ahuyenta,
Y da fuerza al enfermo, al ciego lumbre,
Muéstrase Dios del Gólgota en la cumbre
Pagando con amor la grande afrenta.

Pero si tú del Hijo de María
Aun niegas el origen soberano,
Ciego mortal, o caviloso dudas,

Entra en ti mismo, y díme si podría
Por virtud propia el corazón humano
Sufrir en paz el ósculo de Judas.



CXXXV

EL PENSAMIENTO DE LA MUERTE

Un año, un mes, un día, un punto falta
Para que emprendas el tremendo vuelo
Sobre el espacio que divide el suelo
De mística región más pura y alta.

¡Inevitable trance! ¿Y no te asalta
Temor y espanto de perder el cielo?
¿Y aun pones tu cuidado y tu desvelo
En la caduca flor que el prado esmalta?

Te falta un solo instante; en un instante
Despertarás del engañoso sueño
Y al soberano Juez verás delante.

¡Ea! invóca a Jesús, tu dulce dueño,
Y con fe viva y corazón amante
Cíñe los brazos del sagrado leño.

CXXXVI

LA OBRA DE DIOS

Para el que entra en la vida, todo es nuevo
Y hermoso es todo. El círculo de un día
Larga y dichosa edad me parecía
En mis tempranos años. Fui mancebo,

Y, lö arduo sirviéndome de cebo,
Dilatadas empresas perseguía:
Falta el tiempo, cesó la gallardía,
E inerte, nada a acometer me atrevo.

¡Qué lento iba el raudal que hoy se despeña!
¡Cómo me imaginaba estar distante
Término que hoy venir miro tremendo!

—Si obra humana te abruma, aunque pequeña,
Para la obra de Dios basta un instante:
Ganar podrás la eternidad, queriendo!



CXXXVII

CULPA Y PERDON

¿En cuál podrás tan solitaria parte
El secreto ocultar de tu pecado
Que a la vista no esté de un Dios airado
Cuando venga terrífico a juzgarte?

¿Tienes para extinguirle fuerza o arte?
Nó; que en la tumba dormirá a tu lado,
Y aunque en la mar yacieres sepultado,
Contigo se alzará para acusarte.

El triunfa del olvido y de la muerte;
Mas tú al Cielo confiésalo contrito,
Y en el divino amor líbra tu suerte.

Poderoso el perdón más que el delito,
Cuando tu fiero acusador despierte,
Acallará de la venganza el grito.



CXXXVIII

AL BUEN PASTOR

Venite me.

¿Qué importa que la oveja acongojada
En noche y soledad vague perdida?
Tu amante corazón sus pasos cuida
Y por ti, Buen Pastor, será salvada.

Oigo tu voz que al ánima cansada
Con alivio dulcísimo convida:
Yo sé que eres la fuente de la vida
Que a la infancia nos vuelve inmaculada.

Tú permites que humilde peregrino
Que tu nombre invocó, de angustia lleno,
Al caer en el áspero camino,

Recobre, al despertar, candor sereno
Purificado por tu amor divino,
Y en paz descanse en tu adorable seno.



CXXXIX

CONFIANZA EN DIOS

Ay! qué presto rendimos la jornada!
¡Qué triste echa la Muerte el denso velo!....
Medíta un poco, y hallarás consuelo
En tu propia miseria y en tu nada.

¿Porqué, si vuelas manso, excelsa espada
Ha de cortar de tu existencia el vuelo?
Si hay tánta eternidad y tánto cielo,
Faltar podrá a tu espíritu morada?

Pues tú vives en Dios, tu autor y dueño,
Y muerte en El no cabe y te es escudo,
No dudes ya de tu inmortal destino.

Más confïado mientras más pequeño,
Como a las ondas pececillo mudo,
Entrégate al inmenso mar divino.



CXL

LAS BODAS DE CANA

Contémpla de las célicas mansiones,
Madre excelsa de Dios, Virgen Sagrada,
En qué triste aridez van la jornada
Rindiendo los humanos corazones.

Alzada sobre angélicas legiones,
No ceses tú de ser nuestra abogada;
Las bodas de Caná muestra sobrada
Fueron ya del poder de que dispones.

Algo a Jesús dijiste allí, Señora,
Y El su primer milagro hizo a tu ruego,
Mudando el agua en rebosante vino.

Míra que el de las almas falta agora:
Alcánzanos que corra como fuego,
Y embriague al mundo yerto amor divino.



CXLI

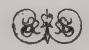
AL VENERABLE ALONSO RODRIGUEZ

Maestro, si tu voz confortadora
Aun se oye *acá*, si revelar supiste
Cuán bella, Alonso, la virtud, cuán triste
Es el fingido bien que el vulgo adora,

Allá por tus hermanos ruéga ahora
Y con nueva eficacia nós asíste:
Míra la tentación que nos embiste,
El estéril afán que nos devora.

Haz que se rompa el engañoso velo:
Brillo de escamas de dragón inmundo
No más imite resplandor de cielo.

Alcánzanos, ¡oh espíritu fecundo!
La paz del alma y el antiguo celo
Por la gloria de Dios, no la del mundo!



CXLII

BUSCADLE EN ROMA

¡Buscad en Roma al Papa! Aunque su gloria,
Cual la lumbre del sol, brilla doquiera,
El reina allí como en su propia esfera:
Quísolo Dios, lo realizó la Historia.

Fue y será ante eso eterno transitoria
Toda intrusión, civilizada o fiera;
El báculo de Pedro sólo impera
Donde el Altar se hundió de la Victoria;

Y oirá siempre el Pontífice Romano
(Cuyo solio es más alto entre prisiones)
En lenguas mil y mil inmenso *viva.*

¡Buscadle en Roma! Recibid de mano
De Padre bendición copiosa en dones;
Besad el pie de Majestad cautiva.

1903.



CXLIII

LA DIVINA GRACIA

Venne una man dal celo.

Cual junco dócil o flotante nido
A merced de las olas y del viento,
Leve, sin alas deslizarme siento
En nebuloso piélago perdido.

Nada alcanzan la vista ni el oído.
En vacuo seno el pie posar no intento;
Cruzando voy incógnito elemento,
Por incógnita fuerza dirigido.

Silencio aterrador cércame en vano,
O ráfaga siniestra de repente
Anuncia horrendo báratro cercano.

Tranquilo voy, porque mi mano siente,
Tendida hacia adelante, de otra mano
La presión suave, la atracción potente.

CXLIV

LA ORACION DEL HUERTO

¿Qué pecho habrá más crudamente abierto
Que el tuyo? ¿Qué otro llanto cual tu llanto?
Si sólo el verte nos conmueve tánto,
¡Cuál penará tu corazón desierto!

¡Desierto nó! que en la oración del Huerto
Por todos padeciendo el Justo, el Santo,
Unió nuestros dolores bajo un manto
Que de sudor de sangre ves cubierto.

¡Mírale allí! No fueron, no, más duras
Que ese inmenso dolor, la bofetada,
La corona punzante, la picota.

¿Qué es la tuya entre tántas amarguras?
Por la sangre de un Dios santificada,
Del copioso sudor sólo una gota.



CXLV

LAS FACCIONES DEL CIRCO

Los aurigas del circo bizantino
Pártense, como en Roma, por colores,
Vencidos ora y ora vencedores,
Verdes y *azules* en lidiar contino.

A conciliarlos Justiniano vino,
Y adúnanse contra él los contendores:
Se inclina al campo azul, y los rencores
Mutuos renacen y el ardor ferino.

Enloquecida adhiérese la gente
A este o al otro enfurecido bando;
Constantinopla entera es circo hirviente.

¡Salvad la Religión del trance infando!
Nadie honrar como a mártires intente
A los que en ímpia lid mueren matando.



CANTILENAS

I

EL POETA

Soy el poeta; el amante
De lo etéreo; la doliente
Alma que por todos siente;
Ave errante.

Guíame un Dios: me desligo
De la sociedad impura,
Y en el seno de Natura
Busco abrigo.

Lira soy suspensa al viento;
Y acompáñanme sonando
Sagradas fuentes en blando
Movimiento.

Las proféticas encinas
Dan a mi cabeza sombra;
Bríndanme en su musgo alfombra
Las ruïnas.

Hasta mí vagos rumores
Llegan de siglos oscuros,
Y en mí se anuncian futuros
Resplandores.

No vil pasión que mancilla,
Sino impulso vivo y noble,
Manda que a tus plantas doble
La rodilla.

Y adoración y respeto,
Y amor glorioso y profundo
Cual jamás le ha visto el mundo,
Te prometo.

Ya presentí tu mirada
Y entreoí tu voz canora;
Tú eres mi luz guïadora;
¡Mi soñada!

1870.



II

CANTANDO

Como arroyuelo
Murmurador;
Cual ave errante
Que el mar cruzó;
Cual aura inquieta
De flor en flor,
Cantando vengo,
Cantando voy.

Soy peregrina
De otra región,
Y en mis endechas
Al viento doy
Los ecos dulces
De ignoto amor.
Cantando vengo,
Cantando voy.

Cantando alegre
Bendigo a Dios
Si dora el cielo
Temprano albor;

Triste cantando
Despido al sol.
Cantando vengo,
Cantando voy.

Atenta escucho
Todo rumor;
Y al gran concierto
De la creación,
Cual arpa eolia
Respondo yo.
Cantando vengo,
Cantando voy.

Robadme vida,
Luz y calor;
Fálteme todo,
No el canto, no,
Que es alimento
Del corazón.
Cantando vengo,
Cantando voy.

Los que gozaron
Y plañen hoy,
Mi rumbo sigan,
Oigan mi voz,
Que tornar sabe
Manso el dolor.
Cantando vengo,
Cantando voy.

De aires más puros
Llévame en pos
Sueño armonioso
Y arrullador,
Cantando os digo
Mi eterno adiós.
Cantando vine,
Cantando voy.



III

¿QUIEN ERES?

Flotan tus rizos al viento
Que amoroso los adula;
Y el haz de lumbre más limpio
En tus miradas fulgura.

Mas no: tú misma embelleces
El aire que te circunda;
La luz del cielo iluminas,
La flor del prado perfumas.

Tu beldad completa ostentas,
Al par que tu nombre ocultas;
Si eres realidad o sueño
Atónita el alma duda.



IV

SU IMAGEN

Guarda el rico su oro
En honda sepultura:
Yo así el nombre que adoro
Junto con mi ternura
En el pecho atesoro.

Como la sensitiva
Que si acercarse siente
O el aura fugitiva,
O la abeja que liba,
Se cierra de repente;

Mi corazón de todo
Recela de tal modo,
Y no deja que esplenda
Al sol su oculta prenda....
Ni que resbale al lodo.

Tengo un sagrario dentro,
Allí imágenes caras:
Cuando en él me concentro,
Placer arcano encuentro
Prostrándome a sus aras.

Allí también tu imagen
Cual hecha en mármol dúra;
No hay allí ofrenda impura,
No hay pensamientos que ajen
Su angélica hermosura....

Del papel a la mente,
¡Oh versos indiscretos,
Tornad! Mano imprudente,
El alma no consiente
Reveles sus secretos.

¡Tornad, versos! No es dado
Al idioma del hombre
Mil veces profanado,
Llevar puro su nombre
Que yo en celar me agrado.

No le es dado a ese idioma
Mil veces engañoso,
De mi amor respetuoso
Llevar puro el aroma,
Que yo exhalar nö oso.

¡Oh silencio querido!
Si alas y voz tuvieras,
Yo haría que allá fueras,
Y mi amor, al oído
Del alma, la dijeras!

Dijérasla que pura,
De insulto vil segura,
Ella en mi pecho vive,
Y el incienso recibe
Santo de mi ternura:

Que aunque nunca ha sonado
El grato modulado
De su voz en mi oído,
Ni a tocar he llegado
La orla de su vestido,

¡Como a deidad clemente
Mi corazón la adora,
Y peregrino, ausente,
Guardaré reverente
Su imagen protectora!



V

¡AMO!

¡Amo! Ayer cual vil insecto
Dormí en estrecho capullo;
Hoy, inquieta mariposa,
Libo aromas, aires cruzo.

¡Amo! Ayer como cautivo,
De un mar de penas los tumbos
Escuchaba; hoy de la vida
Oigo el inmenso murmullo.

¡Amo! Inmensidad de gloria
En tus miradas descubro;
Colma tu luz los espacios;
Tu imagen puebla los mundos.



VI

ORILLAS DE ESTOS MARES

¡Séan! dijo el Amor omnipotente,
Y fueron cielo, y tierra, y mar profundo;
Violo Dios sonrïente
Y bendijo su mundo.

No ha brillado la luz de la mañana,
Reina la antigua noche todavía;
Que su voz soberana
Crear no quiso el día.

Mas es noche que al sol no envidia nada,
Que es noche azul, espléndida, serena,
Ricamente estrellada
Y de misterios llena.

Mar adentro barquillas se deslizan
Que conducen alados los amores;
Las mansas olas rizan
Soplos aduladores.

Déja, altiva beldad, tristes recelos,
Vén a oír de mi amor dulces cantares,
Debajo de estos cielos,
Orillas de estos mares.

VII

¡SI SUPIERAS!

¡Si supieras, buena amiga,
Lo que yo padezco en sueños;
Si yo a decirte acertara
Eso que en sueños padezco!

¡Si vieras cómo después
Sigo soñando despierto,
Y en el soñar de la vida
Cómo sigo padeciendo!

Te maravillara cómo
Tan poderosos efectos
Obrar puede en alma humana
Sólo un vano pensamiento.

Oye.... Y si loco me juzgas
Al conocer mi secreto,
Tén piedad de mi demencia....
¿Te lo diré?.... No me atrevo.



VIII

DESALIENTO

El campo está risueño
Y la mañana alegre;
Naturaleza toda
Galana resplandece;
Ya vuelan los amores,
Ya triscan los placeres:
¡Cuando todo renace
Mi corazón se muere!

Ya trinan pajarillos
En los rosales verdes;
Vagan mansos rumores,
Circulan silbos tenues,
Y alborozadas bullen
Las melodiosas fuentes;
¡Y cuando todo canta,
Mi corazón se muere!

Reflejos y matices
Se mezclan diferentes;
El céfiro las hojas
Tornasoladas mueve;

Las nubes se abrillantan,
Los prados reverdecen;
¡Y cuando todo ríe,
Mi corazón se muere!

En vano, aura de amores,
Acaricias mis sienes:
Las aguas y las rosas
Despiertan, si las meces,
Las unas cuando callan,
Las otras cuando duermen;
¡No así los corazones
Que de pesar fallecen!

En vano, aura de amores,
Lisonjeas mi mente:
Moviéndose livianas
Cuando tu soplo sienten,
La nube al horizonte,
La barca al puerto vuelve;
¡No así las esperanzas
Que huyendo se disuelven!

¡Cielos! ¿Qué significa
Esta pompa solemne?
¿Cuál ha sido mi crimen?
¡Ay! ¿qué rigor es este?
Cuando todo se alegra
Y todo se embellece,
¡Mis esperanzas huyen,
Mi corazón se muere!

Así la amante Silvia
Suspira y desfallece,
Si abriendo su ventana
Mira al camino, al puente,
Y oye trinar las aves
Y ve rodar las fuentes;
¡Y cuando todo es vida
Su corazón se muere!



IX

HIMENEO

Volaron los años. Encuéntrola al paso
Y aún láteme el pecho;
Que amor silencioso de edad inocente
Es casto himeneo,
Perpetuo consorcio. La tierra lo ignora
Mas sábelo el cielo.



X

MONTES Y VALLES

Hay un valle profundo
Donde una sombra vága,
Donde volviendo un nombre
Lloran los ecos.

Es el nombre y la sombra
De la beldad más dulce
Que entre brumas habita
Montes lejanos.

Ese valle es el alma
Que recuerdos evoca;
Son los lejanos montes
Tiempos lejanos.



XI

SEGUNDO EDEN

Las almas buenas acá en el suelo
Su mundo propio tienen también,
Mundo que encierra paz y consuelo,
Anticipado rincón del cielo,
Segundo Edén.

¡Oh, cuán distinto de los salones
Que adorna estéril la vanidad!
Todo es en ellos regias ficciones,
Y en estas puras, amplias regiones
Todo es verdad!

Mirar dos almas un alta estrella,
Cambiar las llaves del corazón,
Eso es con firme, callada huella
Por los umbrales pasar de aquella
Feliz mansión.

¡Feliz! de lejos tal vez severa;
¡Ah! verla sólo te hace temblar,
Cual palidece joven viajera
Cuando en la playa por vez primera
Contempla el mar.

No esperes dichas en ese mundo
Donde es perfidia todo y temor,
Y vén a este otro santo y profundo,
En donde reinan, Edén segundo,
Verdad y amor!



XII

SUEÑO

Soñé que de esa vaga,
De esa tristeza íntima
Que en tus húmedos ojos
Descubres, Cintia, ¡oh, Cintia!

Tú las causas secretas
Revelándome ibas,
Y que a tus tibias lágrimas
Mezclaba yo las mías,

Y que, puesta en mi hombro
Tu sien cándida y tímida,
Aliviaban tu pena
Los sones de mi lira.



XIII

METAMORFOSIS

Mil formas toma lo hermoso;
En onda múltiple y vaga
Vastamente se propaga
Todo rayo luminoso.

¿No llegan a tus oídos
Esas notas delicadas?
Son flores transubstanciadas
En musicales sonidos.

Y, ya melodías bellas,
El vuelo al éter levantan,
Y en la noche nos encantan
Convertidas en estrellas.

También eres tú, María,
Flor lozana, luz rïente,
Y vives aquí en mi mente
Transformada en poesía.

XIV

LA ESPINA

Niños eran Delio y Clori:
Delio amante a Clori espía;
Clori alegre no advertía
Su amorosa inclinación;
Y en las fiestas de la aldea
Con otro baila rïente,
Y Delio una espina siente
Clavada en el corazón.

Y Delio y Clori crecieron,
Y jóvenes se encontraron,
Y ambos su suerte enlazaron
Con recíproca pasión.
Mas siente él, dando a la hermosa
Por vez primera los brazos,
La espina de antiguos lazos
Clavada en el corazón.

¡Suya es Clori! No consiente
Ni lágrimas en los ojos,
Ni en el pensamiento enojos
La perfecta posesión.

Mas sueña Delio, y ve a Clori
De otro, en los aires, cautiva,
Y siente la espina viva
Clavada en el corazón.

Con tierna voz le despierta
Clori; en su nublado ceño,
Con un ósculo, del sueño
Borra la triste impresión.
Mas ¡ay! arrancar no logra,
Mientras él delira y muere,
Aquella espina que hiere
Clavada en el corazón.



XV

TU PIANO

No es tu pïano lo que el vulgo piensa;
Ara es funesta que el amor decora;
Mi corazón, la víctima indefensa;
Tu dulce voz, la daga matadora.



XVI

EL OLVIDO

—¿Te acuerdas de los días
En que a este país bello
Llegaste vez primera
Complaciente y risueño?

¿Te acuerdas de las danzas
Y los festivos juegos,
Las grutas, los columpios,
Las luchas y los premios?

¿Te acuerdas que solías
Suspiros dar, Aurelio,
Y a veces pensativo....?
—Nó, Cintia, no me acuerdo,

Míra: aquellos instantes
Pasaron ya en el tiempo,
También en mi memoria,
Merced a un ángel bueno.

Roguéle los borrase,
Apartar nò pudiendo
La flor de las espinas
Ni la miel del veneno.

¡Oh, cuántas, cuántas veces
Memorias y recelos
Anublaron mis días,
Inquietaron mis sueños!

Oyóme, y me condujo
A un raudal, tan sereno,
Que *Fuente del olvido*
Le llaman los viajeros.

Allí todos los árboles,
Allí todos los ecos,
Aves, aguas y brisas,
Repiten: «No me acuerdo.»

Allí por vez postrera
La flor de mis recuerdos
Me hirió con sus espinas;
Yo llorando la beso,

Y a las aguas la arrojo;
Las aguas la cubrieron....
—Aurelio, ¿y no te acuerdas?
—¡Ah, Cintia! no me acuerdo.



XVII

OJOS Y VOZ

De la luz que despiden sin importuno velo
Vuestros hermosos ojos que alumbran sin quemar,
Tipo son las estrellas que desde el mudo cielo
Al navegante guían en proceloso mar.

Pero del habla vuestra, de su íntima dulzura,
¿El ejemplar divino en dónde encontraré?
No hay ave en la floresta, no hay ángel en la altura
Que norma a los prestigios de vuestro acento dé:

Ni el ave que suspira, ni el onda que murmulla,
Como la voz resuenan que el Hacedor os dio:
Dulcísima si canta, dulcísima si arrulla;
¡Terrible más que el rayo cuando pronuncia NÓ!



XVIII

TÚ

Sombra oscura, triste duelo,
Tierra envuelve y cielo y mar;
Penetrando el denso velo
Vierte rayos de consuelo
Solitario luminar.

Reina en monte y selva y prado
El silencio y el pavor;
Con cantar regocijado
Hiende el ámbito callado
Solitario ruiseñor.

Toda planta es rudo espino,
Agostóse toda mies;
En retrete peregrino,
Solitario, cristalino
Manantial bullendo ves.

Campo yermo, noche umbría
Es la vida terrenal;
Tú la estrella que me guía,
Tú la dulce melodía,
Tú el perenne manantial.

XIX

MIA

¡Hermosísimo encanto de mi vida!
Doquier y a toda hora
Llevo tu imagen a mi mente unida
Como dulce y gentil perseguidora.

Lo mismo en la vigilia que en el sueño,
Siempre, ajeno de enojos,
Viendo tu labio estoy callar risueño
Y húmedos, blando *sí* darme tus ojos.

Y tan hondo en mi pecho estás grabada,
Que imagino a las veces
Que hiciste aquí tu nido y tu morada,
Que toda entera a mí me perteneces.



XX

APARICION

O, quam te memorem, virgo....?

VIRG.

Más leve y más vistosa
Que alada mariposa,
Alegre, ufana, esquiva,
Que aroma y néctar liba
Y en el aire se mece,
Y torna, y desparece:

¿Eres hija del cielo
O del florido suelo?
¿Sílfide, Ninfa o Hada?
¿O cual Venus soñada,
Naciste, envuelta en bruma,
De la sonante espuma?

Te he visto un solo instante,
Aparición radiante,
Y tu aérea figura,
Tu plácida hermosura,
Dejó impreso en mi mente
Nimbo resplandeciente.

Los ojos cierro, y miro
Tu luminoso giro:
Tu sonrisa es dulzura,
Tu mirada, luz pura;
Tu fugitiva planta
Al viento se adelanta.

¡Oh, mal haya el profano
Que tocar ose insano
A tu mano de nieve,
A tu cintura breve,
Y respire sediento
El ámbar de tu aliento!

¡Tórna, visión celeste
A tu patria, y no en este
Fango estampes tu huella;
Inaccesible estrella
Fausta de allá ilumina
Esta ánima mezquina!

¿Qué inmortales placeres
Gozas? ¡Oh! dí, ¿quién éres?
—¿Fantástico vestido
Mostrarme a ti ha podido
Cual ninfa intacta o diosa?
¡Pálpame; soy tu esposa!

XXI

LA FLAUTA DE PAN

Cien veces y otras ciento
Sonar mis labios hagan
¡Oh dios de la campiña!
Las voces de tu flauta.

Agreste melodía,
Más dulce si lejana,
Siempre igual y süave
Melancólica y vaga;

Silbido con que lleva
El pastor su vacada
En el ardiente estío
A las corrientes aguas.

Y repetirla quiero
Cual repite y repasa
Su murmullo la fuente
Y su gemido el aura;

La tórtola su arrullo,
La virgen su plegaria,
Y el trovador ausente
El nombre de su amada.

En aire tan sencillo,
¡Qué poderosa magia!
Por él mi pensamiento
De sus prisiones salta,

Y libre y vagabundo
Aspira la fragancia
De cacias y tomillos
Do la abejilla labra;

Y cuando el sol sus rayos
En occidente apaga,
Cual fugaz golondrina
El terso lago rasa;

O sobre erguidos montes
Ambicioso së alza,
Y en el espacio libra
Las voladoras alas.

¡Avecillas hermosas,
De las flores hermanas,
Amigas de las selvas
Recónditas y opacas!

Alegres cantorcillas,
Viajeras ignoradas
Que eleváis vuestros giros
Sobre las nubes blancas,

Y de diáfana esfera
En el azul sin mancha
Bebéis el infinito
Placer de la esperanza!

De ser como vosotras
Mi espíritu se ufana,
Que alígero en regiones
De luz el vuelo explaya:

La libertad su vida,
La soledad su estancia,
El éter su elemento,
¡Los cielos son su patria!

Del tiempo en que Saturno
Enseñó la labranza,
Y errante ganadillo
Apolo apacentaba,

Y honraban la floresta
Las Ninfas de Dïana,
Y era la tierra toda
Maravillosa Arcadia,

De esa edad de inocencia
¿Qué restos sobrenadan?
Las aves y las flores,
Y tú, silbosa caña.

¡Oh, jamás enmudezcas;
Mis oídos halága,
Y a campos venturosos
Sígate ilusa el alma!



XXII

AL VIENTO

Vientecillo sin nombre
Que curioso paseas,
Ahora por el bosque,
Ahora por la vega;

Tú que en lecho de espumas
O de hojas, remedas
Con inquietud celosa
Las más sentidas quejas;

Vén, trayendo en tus alas
Tan leves como frescas,
Murmullos de las fuentes,
Aromas de las selvas;

Suspira en el follaje
Del árbol que me hospeda;
Las sombras lento cámbia:
Con mis cabellos juéga.

O bárre ahí esas flores
Menudas y hojas secas,
Y en círculos llevándolas
Mis pensamientos lléva.

Vén, airecillo humilde,
Mi soledad alégra,
Temores desvanéce
Y esperanzas aliénta.



XXIII

EL CANTO DE LAS AVES

¿Porqué tan grata suena
La agreste cantilena
Del ave peregrina
Que entre la rama trina?

¿Qué nos dice ese canto?
¿Qué misterioso encanto
En soledad y calma
Lleva al fondo del alma?

¿Acaso resucita
Hermosa flor marchita?
¿O siembra la esperanza
De ignota bienandanza?

Dulce la herida cuerda
Perdido amor recuerda;
Grave el órgano augura
Felicidad futura.

Nada el ave revela;
Mas su cantar consuela
El pecho adolorido:
¡Es bálsamo de olvido

XXIV

¡OCULTA TU VIDA!

Feliz es el ave
Cual tú, cuya historia
Modesta no sabe
El hombre crüel.
Feliz es aquella
Cual tú, que su nido
Colgó en escondido
Silvestre laurel.

Ni pluma que brilla
Ni trinos envidies,
Tú, parda avecilla
De humilde cantar.
Ni llames dichosa
Al ave agorera,
Ni al ave parlera
Que cruza la mar.

Frutillas maduras
Te brinda tu bosque,
Te ofrece aguas puras
De manso rumor.

Tú gozas palacios
De mirto y de flores,
Tú tienes amores,
Tú vives de amor.

Si umbrosa guarida
Te abriga y regala,
Con ala atrevida
¿Porqué vienes, dí?
¡Ay, ténte, cuitada!
Repríme esos vuelos!
Temibles señuelos
Te engañan a ti.

Yo el mundo conozco:
Feliz yo era un día,
Ignoto vivía
En dulce quietud.
Mi risa inocente
Trocóse en gemido;
¡Mi crimen ha sido
Pulsar el laúd!

El ala atrevida
Recóge prudente;
Ocúlta tu vida,
¡Ocúltala, sí!
Corona de gloria
Corona es de muerte
¡Contémpla mi suerte
Y húye de aquí!

XXV

EL PERIQUILLO

Conocí una pareja
De pericos parleros,
Vistosos prisioneros
Bajo dorada reja.

Con ellos a porfía,
Desde sus jaulas, varios
Pardillos y canarios
Cantaban todo el día.

Cuando llegaba el amo,
El melodioso trino
Exhalaban más fino,
Más férvido el reclamo.

Es ésta de Natura,
Multiplicada en voces
Ya lentas, ya veloces,
La voz genuina y pura.

De ellos murió primero
Un periquillo, y era
De creer que muriera
También el compañero.

Ni habla ni se divierte;
Mas, gracias al consuelo
Que recibió en su duelo,
Salvóse de la muerte.

Y no es ficción, señores,
Que fabulistas sueñan:
A sentir nos enseñan
Los pájaros cantores.

Que es casta bien nacida,
Y si uno de dos muere,
Tal pena al otro hiere,
Que rinde al par la vida.

Mas no encontró al amante
El duro trance solo;
Sensible acompañólo
El coro circunstante.

En todos tánto pudo
El grave sentimiento,
Que el general concento
Trocó en silencio mudo.

Y aunque impaciente alguno
Abrir quisiera el pico,
Viendo serio al perico
Ser no quiso importuno.

Después de algunos días,
Poco a poco las aves
Tornan a las süaves
Usadas melodías.

En silencio entretanto
Permanece el vïudo;
Después del golpe rudo
Olvidósele el canto.



XXVI

CREPUSCULO

¡Oh süave apartamiento!
¡Oh de soledad y calma
Grata hora!
¡Blando aroma! ¡Fresco viento!
¡Venid, arrullad el alma
Soñadora!

Por vos sobre ella se explaya
Melancólico, callado
Sentimiento,
Cual suele inundar la playa
Un río, aunque desbordado,
Mudo y lento.

Grato es ver en perspectiva
El bosque, el torrente fiero,
La llanura;
En un lienzo la nativa
Ciudad contempla el viajero
Con ternura.

Lo mismo, padres, infancia,
Y los primeros amores
De la vida;

Que toda cosa a distancia
Con misteriosos colores
Nos convida.

Vuéla, vuéla, pensamiento,
Gózate en dulces escenas
Embebido,
Mientras zumbar oigo el viento,
Que de mortales cadenas
Pone olvido.



XXVII

MUDANZAS

Otro tiempo el ceibo anciano
En estas riberas solas
Alzaba de trecho en trecho
Su nunca violada copa,

Y en derredor de su basa
En lecho de secas hojas,
Al zagal, del sol herido,
Daba, con sus alas, sombra.

En vez de flores silvestres
Exótico parque asoma,
Y surgen mansiones regias
Do fueron grutas musgosas,

Y de alegres concurrentes
El confuso estruendo ahoga
La respiración del valle,
Misteriosamente sorda;

Y aéreos puentes ¡oh río!
Más te humillan que te asombran,
Y huye asustada a otras selvas
La avecilla triscadora,

La avecilla que su vuelo
Paraba antes sin zozobra
En los lisos pedrejones
Que la espuma blanca moja.

¡Cuántas veces a los silbos
De mi rústica zampoña,
Con sus ecos respondían
Estas soledades hondas!

¡Y cuántas veces.... silencio!
Recuerdos la mente evoca,
Vuélvense en torno los ojos
Y mustios en nada gozan.

Díme, profanado río,
Díme si aun dichoso copia
El espejo de tus aguas
La imagen que el alma adora.



XXVIII

RUSTICANDO

Vivo en rústico chozo,
Y huélgome entre breñas;
Me asombra un arbolillo,
Me aduermo mientras suena.

Contemplo, y no me canso,
Onda en espuma envuelta
Que con rüido sordo
Bate la inmóvil piedra.

Cautívame la gota
De rocío ligera,
De una hoja colgada
Que su peso doblega.

Ver me place las greyes
Que pastando van lentas,
Y la sombrosa gruta,
Y la arrugada sierra.

Y cuando al mar lejano
Nublado el sol se ahuyenta,
Bajo tejido arbusto
Gozo dulce tristeza.

Grato es mirar de noche
Los cocuyos que vuelan,
Y oír los misteriosos
Susurros de la selva,

Y sentir, al abrigo
De la noche serena,
Tu maternal regazo,
¡Oh gran Naturaleza!

Perdonen hombres vanos
Que yo les compadezca
Desde mi pobre nido
Cual desde roca excelsa.



XXIX

MUZO

¡Muzo! ¡cuánto duele
Ver ya medio hundidas
Tus cúpulas rotas
En selva bravía!

Empero, consuela
La mente afligida
Mirar por tus campos,
Mirar por tus cimas,

Desplegando galas
Y luciendo tintas
Regias mariposas,
Viajeras divinas.

Dispersas volando
Los ojos fascinan,
Cual plumas de un ángel
Al viento esparcidas.

Que el tigre juncales
Refleje en sus listas,
Y el león la arena
En su piel rojiza,

El insecto alado
Que en tu cielo gira,
De las esmeraldas
Que tu entraña cría

En sus alas lleva
Las coloras ricas,
Y al aire se mece
Cual pompa del día!



XXX

UBAQUE

Amo esta arrugada tierra,
Rica de árboles frutales
Y de espumantes raudales
Que descienden de la sierra.
Amo esta rústica estancia,
Donde puras alegrías
Gocé en los mejores días
De mi infancia.

Sale el sol; y en la arboleda
Que sus rayos abrillantan,
A Dios bendiciendo cantan
Toches mil que hojosa hospeda.
Y en la vaga resonancia
De gorjeos y zumbidos
Vuelvo a escuchar los rüidos
De mi infancia.

Toman mis pies la vereda
Que entre el plátano sonante
Y el chirimoyo fragante
A trechos borrada queda.

De azahares, a distancia,
El denso aroma percibo,
Y otra vez el néctar libo
De mi infancia.

Orillas del hondo pozo
Cama de hojarasca mullo;
Ora en las ondas zabullo,
Ora en cabalgar me gozo.
Sin cortesana arrogancia,
Departiendo con labriegos,
Vuelvo a las trazas y juegos
De mi infancia.

Vela el sol sus resplandores,
Y en la devota iglesita
Creyente el labio recita
De la Virgen los loores.
Siento mística fragancia,
Y apacibles y risueños
Otra vez duermo los sueños
De mi infancia.



XXXI

SIEMPRE CONTIGO

¡Aquí cuán lejos estoy
De tu dulce compañía!
Pero siempre, vida mía,
De ti vengo y a ti voy.

Aunque los labios no abro,
De ti converso conmigo,
O ya finjo hablar contigo,
Y amables engaños labro.

Fácil se alza una ilusión
Sobre frágiles cimientos,
Que lleva mis pensamientos,
Que halaga mi corazón.

Cuando a la mañana aquí
Mil y mil aves gorjean,
Tan suaves tonos emplean
Para despertarte a ti.

Cuando salgo a la campaña,
Todo luce y se embellece,
Todo tu imagen me ofrece
Porque tu amor me acompaña.

La brisa gime y te nombra;
Te dan su aroma las flores,
Y las fuentes sus rumores
Y los árboles su sombra.

Voy cual si ya del sendero
En las vueltas me aguardaras;
Voy a do sus aguas claras
Mueve el arroyo parlero.

Del arroyo en la ribera
Pienso que tierna me aguardas....
No has venido.... ¡cuánto tardas!
Ficción de amor, humo era.

La realidad allí empieza:
Tristes me asombran los ramos;
Natura y yo nos dejamos
Poseer de la tristeza.

Reaparece la ilusión
Con la noche. ¡Oh noches bellas!
A la luz de las estrellas
Creo ver otra región;

Y por la orilla del río
Que sus corrientes platea,
Y a quien mudo señorea
El cámbulo ancho y umbrío,

Buscándote enamorado,
«¿Quién,» digo, «aquí la ha traído?
Mas ¿quién tampoco ha podido
Separarla de mi lado?»

Voy a ti, por ti suspiro;
Todo tu imagen me ofrece:
Que me miras me parece,
Me parece que te miro.

Así entre esperanzas ando
Y a desengaños desciendo,
Siempre a tu imagen volviendo,
Siempre contigo soñando.



XXXII

ADIOSES

Ayer en huerto ameno
Con planta fugitiva
Volaba de una esquiva
Mariposilla en pos;

Y junto a mí pasando,
Radiante de alegría,
Festivo me decía:
«¡Adiós, adiós, adiós!»

¡Ay pobre crïatura!
Hoy que le llama el cielo,
Hoy que alzar debe el vuelo
Lejos, lejos de aquí,

Moribundo me abraza
Y dice en lastimero
Acento: «¡Oh, yo no quiero
Adiós decirte a ti!»

XXXIII

POST TENEBRAS LUX

¡Cómo abruma aquel momento
De silencio y de dolor
En que al alma da tormento
Un crüel presentimiento,
Un profundo torcedor!

Los amigos ¡ay! ausentes;
Los consuelos ¡ay! se van:
Los amores inocentes
Y esperanzas esplendentes,
Nunca, nunca volverán.

¡Qué mudez para la queja!
¡Qué abandono y sequedad!
¡Cómo el cielo azul se aleja
Con sus astros, y nos deja
En eterna soledad!

Pero sopla manso viento,
Brilla lumbre celestial,
Huye el negro pensamiento,
Y recobra voz y aliento
El espíritu inmortal.

XXXIV

DEUS, ECCE DEUS

¡Cuántas veces, si a mis párpados
Negó el Cielo su favor,
Entre sombras melancólicas
Escuché la dulce voz
Que lanzó a los mudos ámbitos
Solitario ruiseñor!

¡Cuántas veces, cuando tétrico
Me ocultaba en un rincón,
Vi en mi estancia entrar de súbito
Rayo fúlgido de sol
Que ahuyentó presagios fúnebres
Y mis ojos alegró!

No esperadas voces íntimas
También oye el corazón,
Y hasta el fondo del espíritu
Llega hermoso resplandor:
Ecos son de coro angélico,
Y esa luz tan pura es Dios!

XXXV

LA FLECHA DE ORO

Yo busco una flecha de oro
Que niño de un hada adquirí,
Y, «guárda el sagrado tesoro,»
Me dijo, «tu suerte está ahí.»

Mi padre fue un príncipe: quiere
Un día nombrar sucesor,
Y a aquel de dos hijos prefiere
Que al blanco tirare mejor.

A liza fraterna en el llano
Salímos con brío y con fe;
La punta que arroja mi hermano
Clavarse en el blanco se ve.

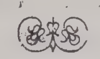
En tanto mi loca saeta,
Lanzada con ciega ambición,
Por cima pasó de la meta
Cruzando la etérea región.

En vano en el bosque vecino,
En vano la busco doquier;
Tomó misterioso camino
Que nunca he logrado saber.

El cielo me ha visto horizontes
Salvando con ávido afán,
Y, mísero, a valles y a montes
Pidiendo mi infiel talismán.

Y escucho una voz: «¡Adelante!»
Que me hace incansable marchar;
Repítela el viento zumbante,
Me sigue en la tierra y el mar.

Yo busco la flecha de oro
Que niño de un hada adquirí,
Y, «guárda el sagrado tesoro,»
Me dijo, «tu suerte está ahí.»



XXXVI

EL NUEVO CANTOR

Sirena de los bosques,
El blando ruiseñor
Que el coro de las aves
Por príncipe aclamó,
Del rey de la armonía
Fue sólo precursor,
Con su picuelo arpado,
Con su voluble voz.

Acatan las aves
Al nuevo cantor.

No mora en los jardines
Que orna lozana flor,
Ni florestas visita
Que ya Minerva honró:
De recónditas selvas
Oculto habitador,
Natura fue su madre,
Le hace cantar el sol.

Y guardan los bosques
Al nuevo cantor.

No por su pluma o nido
Conoceréisle, nó;
Sólo por el alcance
De su triunfal clamor.
Suspéndese el viajero
Con muda admiración
Si las vibrantes notas
De lejos escuchó.

Y admiran los hombres
Al nuevo cantor.

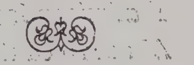
No lánguidas endechas
De amor profano son
Los vívidos acentos
Con que bendice a Dios.
¡Himno de vida y gloria,
Maravilloso ardor,
Aliento de esperanza
Sublime aspiración.

Y aplauden los cielos
Al nuevo cantor.

Fausta, de zona en zona,
Por la etérea región,
La nueva del prodigio
Divúlgase veloz.

Las migradoras aves,
El viento volador,
De mar en mar la llevan,
Y el orbe recorrió.

Y aclaman los ecos
Al nuevo cantor.



NOTAS

SONETO XVII

El río de Ubaque, conocido también con el nombre de *El Palmar*, y célebre por la hermosura, no por el caudal de sus aguas (como del Cydno dijo Quinto Curcio), se reúne a otras corrientes que pagan tributo al Meta.

SONETO XXVII

«En lo hondo de mi sér con vivo sello........»

Como a la producción literaria no alcanza aquel proverbio vulgar y jurídico, «quien lo hereda no lo hurta,» debo declarar que el hermoso verso a que esta nota se refiere no es mío sino de mi padre, y para que mi confesión sea completa, copiaré aquí la valiente estrofa a que pertenece:

«El era Dios; de Padre quiso el nombre,
Y creó cuanto envuelve el ancho cielo,
Cuanto la tierra lleva en su gran vuelo,
Cuanto esconde el abismo mugidor.

Del mundo rey formó, por fin, al hombre,
Libre, feliz, inteligente y bello,
Y en lo hondo de su sér con vivo sello
La imagen estampó de su Creador.»

(*La bendición nupcial*).

SONETO XL

«Perdido el rumbo y de buscarle el tino.»

(Frase de Arguijo).

SONETO XLIX

Fue Daniel Malo uno de los jóvenes colombianos que en 1876 tomaron las armas por amor al catolicismo y en defensa de la enseñanza cristiana, proscrita a la sazón de las escuelas públicas con saña deicida. Murió en el combate de *La Donjuana* el 27 de enero de 1877. En mi *Elegía* a la memoria de Sebastián Ospina consagré también algunas líneas a su memoria.

SONETO L

En boca de un amigo que había visto morir a dos de sus hijos en la flor de la edad.

«Quos dulcis vitae exsortis et ab ubere raptos
Abstulit atra dies et funere mersit acerbo»

(Virg., Aen. VI, 428).

«L'enfant dont la mort cruelle
Vient de vider le berceau,
Qui tomba de la mamelle
Au lit glacé du tombeau.»

(Lamartine, *Pensée des morts*).

Escribió este epitafio el finado humorista inglés don Samuel Bond, en dísticos latinos distintos de la versión que se halla entre mis poesías latinas.

SONETO LVIII

Este soneto hace referencia a uno de los mejores del cisne cordobés, que principia:

«No enfrene tu gallardo pensamiento........»

Queda copiado en mi *Estudio* sobre sonetos castellanos.

SONETO LX

Escrito en la primera página del *Estudio biográfico y bibliográfico: Don Juan de Zumarraga.*

Todas las obras del señor García Icazbalceta llevan cierto sello de atildamiento y perfección así en lo científico y literario como en lo tipográfico. Tenemos en América algunos escritores castizos; pero raro será aquel en cuyas obras la pureza del lenguaje y corrección sintáctica así se asocien e identifiquen con la naturalidad de expresión y fluidez de estilo, como en las producciones del doctísimo anticuario e historiógrafo mejicano.

SONETO LXII

Escrito con motivo de haber el autor traducido al castellano otro soneto dirigido por Longfellow a Tennyson: versión que con el texto inglés figura en otra sección de estas OBRAS POÉTICAS.

El soneto a Longfellow ha sido, por galantería de un amigo, traducido al inglés en esta forma:

«Poet! I come to touch thy lance with mine,
As in the listed field a knight of old
The honour of her whom he served to upfold
Did a challenge send to the world's confine.

Oh champion of English poetry divine!
The champion of Iberia's Fame behold
Willing to just with thee, though weak yet bold
Such love's confidence in his Godess shrine!

As round the lists thou didst resplendant prance
In British armour clad and British steel,
So will I enter with Toledan blade.

Thine is the prize if vanquished by thy lance
I fall-if victor I, perchance, be made,
The glory thine, sweet language of Castile!

S. B. O'L.»

SONETO LXIII

Afligían al señor Llona dolores físicos y morales cuando en 1881 conoció a la dama limeña a quien unió luégo su suerte. Ella reanimó su numen inspirándole los hermosos sonetos coleccionados bajo el título *Amor Supremo*, y devolvió a su espíritu el placer de vivir y la confianza en Dios.

La señora doña Lastenia Larriva de Llona goza de merecida fama como escritora en prosa, y ha publicado algunas inspiradas poesías. De todo lo cual resulta el

doble concepto en que aparece en este soneto, como musa que canta y mujer que encanta.

La *Mística Odisea* es la *Odisea del Alma*, uno de los más celebrados, aunque no el mejor de los poemas de Llona.

SONETO LXIV

«En hora malhadada, en noche triste........»

Alusión a la *Noche de dolor en las montañas*, que es, a mi juicio, literariamente la mejor de las producciones de Llona. En ella, a vueltas de una espléndida descripción de la Naturaleza, exprimió desgraciadamente su autor toda la «amargura amarguísima» de la desesperación y el fatalismo.

«Mas ved cómo se ha cambiado en paz mi amargura amarguísima; y tú, Señor, libraste mi alma de perderse.... Porque no han de cantar tus glorias los sepulcros, ni han de entonarte alabanzas los muertos........ Los vivos, los vivos son los que han de tributarte alabanzas.»

(Cántico de Ezequías, *Isaías*, XXXVIII).

SONETO XC

Sonetos escritos en 1884 en celebración del doble aniversario de la conquista y de la independencia de Colombia.

Publicáronse en un periódico de Bogotá, con esta nota:

«Refiérese el autor a las dos gloriosas fechas, por singular coincidencia enlazadas, que los hijos de Bogotá

celebran, una en pos de otra, con gratitud y entusiasmo: el *6 de agosto*, aniversario de la fundación de esta ciudad, que fue capital del Nuevo Reino de Granada, y después lo ha sido de la antigua y de la nueva Colombia, día en que se conmemoran los bienes acarreados por la colonización española y el triunfo de la civilización cristiana en el país de los Zipas; y el *7 de agosto*, aniversario de la batalla de Boyacá, suceso que aseguró positivamente la libertad de la Nueva Granada, pues ese día la guerra de independencia, que había de prolongarse aun por algunos años en Venezuela y en todo el Sur, quedó definitivamente terminada en Cundinamarca.»

«Boyacá, donde un imperio entero
Fue arrebatado al despotismo ibero.»

(Bello).

«Festéjase también en América el 6 de agosto como aniversario de la independencia de Bolivia.»

SONETO XCII

Los dos últimos versos de este soneto son reminiscencia del siguiente epigrama latino que publicaron Angelo Mai y Denbner, y figura en la Anthologia Latina como inscripción que debió ser de algún museo donde se conservaban efigies de romanos ilustres:

«Quisquis ad ista moves fulgentia limina gressus
Priscorum hic poteris venerandos cernere vultus.
Hic pacis bellique viros, quos aurea quondam
Roma tulit cæloque pares dedit inclyta virtus,
Grandia si placeant tantorum gesta virorum,
Pasce tuos inspectu oculos et singula lustra.»

La sola circunstancia indicada no me ha parecido razón bastante para sacar este soneto de la serie de los originales. Menos podría colocarse entre los traducidos.

SONETO XCIX

Si la sangrienta batalla de La Humareda (15 de junio de 1885) honra y confirma el valor del héroe de La Cruz, honra muchísimo más al General Quintero Calderón, como prueba inequívoca de su genio militar, aquel inolvidable parte cuasi-profético, en el cual anunciaba que la revolución había quedado herida de muerte. Mal podían preverse los resultados definitivos de aquel hecho de armas en momentos en que sólo se tenía a la vista el espectáculo horrible del destrozo, que en ambos campos fue grande, pero en el cual quedaron más enflaquecidas y casi aniquiladas las fuerzas de Quintero, como mucho menores en número. Pero comprobóse de nuevo en esta ocasión que el triunfo o la derrota no es hecho material sino moral, que en muchos casos triunfa quien cree haber triunfado, quien tiene fe y serenidad para recoger la indecisa victoria.

La descripción que contiene el soneto es resumen fiel de lo sucedido. El primer terceto se refiere al casual incendio y voladura del vapor *María Emma.*

SONETO CI

Inconmovible como antiguo atleta........
En lui même affermi comme l'antique atlète.

(*A. Chénier*).

SONETO CXIII

Los versos de este soneto son endecasílabos de una cadencia especial que ocurre a veces en italiano, y que en castellano es enteramente exótica como variedad del metro heroico. Entre las curiosidades métricas de que hizo gala Iriarte en sus fábulas, empleó esta clase de versos en la que empieza:

«Cierta criada la casa barría
Con una escoba muy sucia y muy vieja.»

CANTILENAS

El término *cantilenas* o *cantinelas* ha solido tener en la poesía española cierta significación específica y aplicable sólo a versos cortos de determinadas condiciones métricas. Vulgarizóse después, llamándose así lo que hoy *coplas* o *cantares*. Yo lo he tomado en su acepción más genérica, aunque no popular, como equivalente de cantiunculæ, *cancioncillas*, *versecillos*. Aun así, quizás haya otras denominaciones que cuadren mejor a esta o a aquella de las poesías fugitivas que componen la segunda parte de este tomo; pero no he encontrado otra más propia ni más castiza para denotar lo que de común puedan tener todas ellas.

Recordaré a este propósito lo que, burlándose de ciertos neologismos, decía don José Joaquín de Mora en una de sus epístolas en verso:

«Oye esa tremenda ristra
De exóticas patochadas:
Cantilenas son *baladas*,
Y el que *gobierna*, *administra*.»



INDICE

AMOR Y FANTASIA

Págs.

HOGAR Y AMISTAD

POESIA Y LETRAS

Págs.

PASATIEMPO

PATRIA Y OPINION

REFLEXION

FE Y PIEDAD

CANTILENAS

